3 1761 07802998 0

TRAVIATISMO AGUDO

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

B4277tr

JOAQUIN BELDA

TRAVIATISMO AGUDO

NOVELA

181361
13.6.23.

BIBLIOTECA HISPANIA
CID 4.—MADRID

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (5.ª edición).
¿Quién disparó? (2.ª edición).
Memorias de un suicida (2.ª edición).
Saldo de almas (2.ª edición).
La Farándula (3.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio.
La Coquito (5.ª edición).
Una mancha de sangre (2.ª edición).
Aquellos polvos... (2.ª edición).
Más chulo que un ocho (2.ª edición).
Carmina y su novio.
Las noches del Botánico. (2.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (2.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien».
Traviatismo agudo (2.ª edición).
El alumno interno.
La Diosa Razón.
La bajada de la cuesta.

TRADUCCIONES

La Piara, directa al alemán con el título *Saubande*. Casa editorial Haas. Berlín, 1917.

A Leticia vino a sacarla de su sueño un golpecito suave que sintió en el vientre, como si dieran en él con una pelota de goma.

Era una de las piernas de la criatura, que se despertaba siempre así, con variados ejercicios de gimnasia sueca. Con los ojillos abiertos estaba un buen rato, hasta que por fin, sintiendo la necesidad de hacer ruido, estallaba en una llorera que venía a ser como el toque de diana del tierno organismo.

La madre abrió los ojos a su vez y dió un beso en la frente del chico: éste de ahora, y el que le daba al

dormirse por la noche, eran los dos exclusivos que le administraba durante el día; a los chicos no era bueno besuquearlos mucho ni agobiarles con caricias. Al menos eso decía su médico, el gran Becerro de Bengoa, gracias al cual el hijo y la madre estaban aún en el mundo.

El cachorro había nacido quince días antes, y Leticia, para quien aquel primer embarazo—¡y último, lo juraba!—había sido el primer tropiezo grave de su existencia, empezaba ahora a reponerse de él a fuerza de paciencia y de cuidado. La vida volvía a ella poco a poco, como si para dársela a aquella especie de chorizo de Pamplona que tenía entre sus brazos hubiera tenido que desprenderse de la suya propia.

Se despertaba hoy tranquilo el pequeño y sin ánimos de batalla: con los ojos muy abiertos y fijos en el espacio, parecía mirar un panorama imaginario que cautivase toda su atención. Indudablemente, él veía algo que hubiera sido inútil averiguar: con las manitas apretadas se daba de vez en cuando unos golpes en la cara, sin salir por eso de su éxtasis.

Aprovechando la calma de aquella hora, la madre le contemplaba a la tibia luz solar que entraba por el balcón semiabierto.

En aquella carita sonrosada, que los primeros días parecía un bollo en cuya masa hubieran dado unos pellizcos—la nariz, los ojos, la boca...—iban ya dibujándose rasgos

propios, como si un escultor aprovechase las horas de sueño del infante para modelar sus facciones.

Leticia las miraba, las estudiaba una a una, por ver si entre todas la ayudaban a descifrar el enigma. La nariz... ¡Oh!, en eso no cabía duda: lo había visto muy claro desde el primer día: la nariz era la de Javier Somorrostro, recta, un poco dilatada por abajo, graciosa en su dibujo como la del viejo amigo. La boca, en cambio, grande, de labios gruesos, babosa siempre, era la misma boca de Pepe Angulo, el joven duque, famoso entre las piculinas de postín por sus finas labores de orfebrería lingual; tan iguales eran, que no parecía sino que Pepe había encargado una miniatura de la suya

—como esos retratos pequeños que se hacen para dijes—y se la había colocado al chico debajo de la nariz.

La madre se fijaba ahora en los ojos: el chiquitín, como si quisiera facilitar el examen, los abría aún más, mirando siempre a la imaginaria figura que para él sólo se movía en el espacio. Eran dos cuentas de azabache, grandes, relucientes, ocupando casi toda la córnea; un par de ojos glotones, de esos llamados de aceituna, que parecen querer abarcar el mundo con una sola mirada. Leticia conocía muy bien otros ojos así. ¡Vaya si los conocía! Casi se los sabía de memoria. Eran los de Alfonso Simancas... A punto había estado de perderse por ellos en los comienzos de su carrera, tirando un

porvenir por la ventana, y ahora el destino se los volvía a poner delante en un ritornelo poblado de añoranzas.

Pues, ¿y las orejas? Eran las dos orejas de pámpano de Juanito Villodas, que parecían, saliendo rectas del cráneo, como los guardabarros de la cabezota. El color de los pocos pelos que el crío tenia en ella era exacto al de la cabellera de Julio Santurce... antes de que Julio se tiñera con aquellos potingues endiablados que le traín de Berlín. De los seis lunares que la criatura tenía esparcidos por el cuerpo, dos eran de Tomasito Landárraga—el del omoplato y el de la cadera izquierda—; otro pertenecía por derecho propio a Casimiro Fuentivalle, y el muy la-

drón de Casi había venido a colocar el sello en cierto paraje del cuerpo de la criatura, ahora diminuto y en agraz como un gusanillo de luz, pero que con el tiempo—¡había que esperarlo!—adquiriría frondosidades de cedro del Líbano.

Los tres lunares restantes, situados en la espalda, eran lo único que del cuerpo de la madre había pasado al del hijo. Claro que ella no podía abrigar sospechas matuteras respecto a su maternidad; cuando se ha llevado dentro de la barriga durante nueve meses un objeto se adquiere alguna certeza, a pesar de todos los escepticismos.

Como se ve, el resultado del examen no era para sacar de dudas a nadie. Aquel chiquitín era hijo de

Leticia, pero... ¿de nadie más? No es que a ella le importase mucho la averiguación: sabía que era un trozo de su carne, y con ello tenía bastante; pero la mujer es siempre curiosa por temperamento, y la buena madre habría gozado descifrando aquel enigma, por lo menos tanto como gozaba al enterarse de cualquier chisme del oficio.

La Naturaleza había querido ofrecerle en el cuerpo del hijo una especie de compendio de su vida pasada; así el chico sería un recordatorio y un remordimiento. Imposibilidad material no había de que cada uno de aquellos amigos fuese el padre; precisamente por los días que precedieron a los comienzos del embarazo había ella tenido que ver con

todos—unos detrás de otros, ¡naturalmente!—; cada uno aislado podía serlo; lo difícil es que lo fueran todos, pues no es costumbre constituir sociedades anónimas para la práctica de la paternidad.

Y Leticia, que tenía a veces delicadezas de priora, había dedicado dos horas a la meditación, cuando tres días antes, la víspera del bautismo del nene, su hermana y Manolo le plantearon el problema:

—Bueno, y ¿cómo se va a llamar el chico?

Ella hubiera querido que llevase el nombre de su padre; del apellido no se preocupaba mucho. En la duda, pensó que la criatura, como hacen los vástagos de los reyes, llevase una ristra de patronímicos: Ja-

vier, Pepe, Alfonso, Juan, Julio, Tomás y Casimiro.

Pronto volvió de su acuerdo. ¿No sería aquello una injusticia y tal vez una ingratitud? ¿No habría en la ristra omisiones lamentables? Porque, ¿quién aseguraba que sólo aquellos siete varones habían contribuído a la elaboración del mosaico?... Leticia tenía muchos amigos, siendo como era la golfa de más postín en Madrid, y para determinar todas las posibles colaboraciones habría hecho falta examinar con una lupa todo el cuerpecito del catecúmeno; de los varios trillones de células de que se componía todo él, ¿no habría también sus correspondientes trillones de autores?

Si en un momento dado hubieran

de presentarse ante el público, ¿no saldrían cogidos de la mano en cadena interminable, como los autores de esas obras de género chico que se escriben y cobran en cuadrilla?

De poner al chico los nombres de todos, la lista sería interminable. Felizmente, la Iglesia, sabia siempre, había previsto este caso, estableciendo la fiesta de Todos los Santos, que los fieles celebramos el día 1.° de Noviembre.

Fué un rayo de luz para Leticia; el chico se llamaría Santos, Santitos, y así quedaba bien con todos. El nombre no era feo, y el día anterior había caído sobre la frente del rorro entre las purezas del agua bautismal.

Santos Robles, que era el apellido

de la madre; con eso ya podía andar por el mundo, y si algún día se perdía en la calle, con dar a un guardia sus nombres y las señas de su domicilio, estaba todo arreglado.

Lo importante era llamarse de alguna manera.

Había pasado un mes y Leticia, sin prisas para reanudar su vida ordinaria, continuaba encerrada en casa, atenta al cuidado de su hijo.

Santitos, más gordo y colorado cada día, lo llenaba todo con su diminuta persona, consagrada por entero al ejercicio de dos funciones: llorar y alimentarse. El ama, una campesina gordota y fresca traída del propio Tolosa, hacia cada veinticuatro horas nuevos progresos en la obra de penetración pacífica que había emprendido para hacerse la verdadera dueña de la casa.

Leticia no recibía más visitas que

las de Manolo, modelo de asiduidad como el panadero y el lechero, y las de esas otras damas que, como la hiedra, viven al arrimo de las piculinas de postín: prenderas, corredoras de alhajas y de otras cosas, peinadoras...

Alguna vez el timbre del teléfono, colocado en la alcoba, repiqueteaba con insistencia; acudía la convaleciente, y durante unos minutos sostenía con el aparato uno de esos diálogos que, oídos a distancia, parecen el divagar incongruente de un maníaco.

—Hola.

—...

—Bien, ¿y tú?

—...

—Muy bien.

—...

—Ya, ya...

—...

—Pues nada.

—...

—¿A quién?

—...

—¿Qué bruto eres?

—...

—Ah, ¿sí?

—...

—Ya te avisaré.

—...

—¡Ya... ya!

—...

—No hombre, todavía no; aún no estoy seca del todo.

—...

—Porque se puede.

—...

—Colón, 34.

—...

—Adiós, borrico.

Se veía que trataba con cariño al interlocutor. Era uno de los siete, o de los catorce, que desde el Casino o la Peña se creía en el deber de preguntar por la salud de la madre y del hijo.

Ella, por instinto, que es el que salva siempre a estas criaturas, más brutas de lo que el vulgo cree, se había guardado muy bien de decir a ninguno de ellos: «Mira, Fulano, el chico es tuyo. ¡Si lo sabré yo!» La confidencia se quedaba para el momento oportuno; cuando a solas con el elegido en la alcoba, y después de un prólogo más o menos romántico, la revelación cayese en terreno propicio.

Y ellos, por su parte, al enterarse de que la Leticia había tenido un chico, experimentaban esa sensación de indiferencia del sujeto que ha pasado entre otros cien por una esquina donde se ha cometido un crimen misterioso. Entre tantos, no van a sospechar de él precisamente.

Una tarde, ya mediado Enero, Leticia, sentada a la parte adentro del balcón de su alcoba, miraba morir el día en la calle: tímidamente se encendian las luces de algunos escaparates, y los tranvías empezaban a circular con los faroles encendidos, como luciérnagas gigantes. En el cielo, que se veía desde allí por entre las casas de la calle de Serrano, había aún bastante luz. A estas horas la famosa horizontal se ponía

casi siempre un poco triste, y en estos días esa melancolía plácida que da siempre la convalecencia era un motivo más de laxitud, que llevaba al cerebro ideas de renunciación.

A su lado, casi hundido entre las ropas de la cuna, Santitos descabezaba el quinto sueño del día; el ama, allá en la cocina, aprovechaba la forzada ociosidad para hacer la tercera merienda de la tarde.

La cara del cachorro era lo único que se veía entre las espumas del diminuto lecho: colorada como siempre, parecía que toda la luz del crepúsculo acudía a reflejarse en ella, dando a la piel un brillo inusitado. La madre lo contemplaba en una especie de éxtasis; había renunciado a descifrar el enigma, y ya era

cada vez más raro en ella aquel análisis de las facciones, que a nada práctico conducía.

Era su hijo, y con eso sabía bastante. Nunca creyó tenerlo, y aún no se explicaba por qué descuido, por qué abandono inusitado había florecido aquello en sus entrañas. Siempre había tenido un santo horror a los chicos; el sentimiento de la maternidad, que, según los poetas, es innato en toda mujer, estaba por lo visto en ella atrofiado o pervertido. Para la práctica de su oficio un hijo le parecía un estorbo y una complicación, y he aquí cómo a los treinta y cinco años de edad y después de quince de sabias precauciones, el estorbo se presentaba como un viajero que llega con retraso.

Los meses de embarazo habían sido para ella y para los que la rodeaban un martirio continuado: cambios constantes de humor, histerismos repentinos, dificultades para la alimentación y el sueño, habían convertido a la pobre Leticia en un sér molestísimo y antipático, a cuyo lado sólo resistían los que por obligación habían de hacerlo: su hermana, las criadas y Manolo.

Este último había sido su verdadero enfermero; mejor dicho, su loquero. Los amigos habían ido huyendo de la casa poco a poco; iban a ella a pasar un rato agradable, y de ningún modo a aguantar las impertinencias de una pobre loca; para eso, el que más y el que menos

ya tenía bastante con las delicias de su propio hogar.

Pocos días antes de presentarse los primeros síntomas, Leticia había reñido de un modo canallesco con el buenazo e infeliz de Fabio, el opulento anciano que, desde hacía cinco años, era el amigo oficial y sostenedor de la casa. La ruptura había sido tan violenta, que él no volvió ni a acordarse de que Leticia existía, y ésta se hubiera encontrado sola durante toda la enfermedad a no ser por aquel faldero de Manolo, que, por lo visto, había nacido para eso.

Al recordar ahora los meses pasados, que con sus episodios le parecían cosa de sueño en los que su voluntad no hubiera intervenido

para nada, Leticia pensaba en aquella asiduidad del joven, que había llegado a ser como un mueble más en la casa... Y por asociación inconsciente de ideas fijóse aún más en la cara del hijo, que seguía durmiendo como un bichejo.

Miraba ahora el rostro en su totalidad, en su conjunto, como el artista que, después de haber aquilatado y desmenuzado los detalles de su obra uno por uno, se aleja de ella para ver mejor a distancia el efecto general. Aquella cara... Fué una idea que brotó en su cerebro y que desapareció en seguida de puro absurda, pero que no tardó en volver para grabarse ahora con más fuerza.

Bien pronto fué una obsesión que apagó todas las demás. La golfa cla-

vó los ojos en el rostro del pequeñuelo, y puesta de pie casi involuntariamente, fué corriendo a una mesita que en el gabinete contiguo a la alcoba había. De uno de los diminutos cajones de la parte superior sacó una llave no mayor que una lenteja, y abrió con ella el cajón que había debajo del tablero.

Revolvió en él unos momentos, y al cabo de ellos tropezó con lo que buscaba: un paquete de papeles atatados con una cinta rosa, a la que el tiempo había descolorido.

Aquel cajón era lo que Leticia llamaba su osario: una amalgama de recuerdos, de pequeños capítulos de su vida, escritos en cartas y en objetos diversos—flores marchitas, rizos de pelo, menús de comidas

pantagruélicas, botones de calzoncillos...—que tenían un marcado sabor de hojas secas. Había allí de todo: remembranzas agradables unas, vergonzosas otras, que ella guardaba por igual, como sabiendo por instinto que la vida es siempre un mosaico, en el que cada pieza tiene su lugar marcado.

Desató el paquete nerviosa, con prisa por llegar a la confirmación de la sospecha o al desengaño. Fué apartando unas cartas escritas en forma de enrejado, unos billetes del teatro, y, por fin, envuelto en un papel de seda que olía a tabaco de precio, apareció un retrato de un bebé gordito.

La golfa fué con él junto a la cuna de su hijo y clavó alternativamente

miradas ansiosas en la figura de carne y en la de papel. El parecido, mejor aún, la igualdad, era asombrosa. ¿Podría dudarlo?... En la espalda de la cartulina decía escrito con lápiz: «Manolo a los dos años de edad».

Leticia echóse a reir con estrépito. ¡Torpe! Pero, ¿cómo no lo había visto antes? Santitos era el vivo retrato de Manolo; podía decirse que las caras de ambos eran dos copias de un mismo original.

El crío podría tener la nariz de Mengano, la boca de Zutano y la barbilla de Perencejo; pero lo cierto era que el conjunto formado por todos esos elementos de procedencia tan diversa, era una cara igual a la de su joven y resignado amigo,

como dos piezas fabricadas en el mismo molde.

Aquel retrato se lo había dado el muchacho al poco tiempo de conocerla, y era la verdad que, hasta ahora, ella no lo había vuelto a mirar. Fué la idea repentina, la revelación brusca que momentos antes la asaltara contemplando el rostro dormido de su hijo, la que le hizo acordarse de él.

Ya estaba, pues, descifrado el enigma; ya tenía padre la criatura. Y la duda, que parecía iba a ser eterna, se había resuelto como se resuelven a veces muchos grandes conflictos: por sí solos.

Fué la madre a sepultar de nuevo el retrato en su tumba y... quedó parada con él en la mano, en el cen-

tro de la alcoba. Por un momento le pareció que el cerebro se le vaciaba. El absurdo era tan enorme, tan gigantesco, que estuvo a punto de hacerla perder la conciencia.

Santos, hijo de ella y de Manolo... Pero, ¿cómo podía ser aquello?

Unos golpecitos que sonaron en la puerta no tuvieron fuerza para sacarla de su abstracción. Se repitieron, y como Leticia no contestaba, alguien abrió la puerta y penetró.

Era la hermana, la espiritual y delgadísima Rosalía, portadora de un vaso de leche para la convaleciente.

Se alarmó al ver a Leticia como en éxtasis, de pie en el centro de la estancia.

—¿Qué te pasa, mujer?

—¡Ah! ¿Eres tú?... Nada, el chico está durmiendo.

Recobróse, haciendo un esfuerzo, y fué a guardar el retrato. Cuando volvió, la hermana, inclinada sobre la cuna, contemplaba al pequeño, que seguía durmiendo como un cachorro. Leticia acercóse también y le dijo:

—¡Fíjate bien! ¿Con quién le encuentras tú parecido?

—Mujer, contigo. ¡Qué cosas tienes!

—Pero... ¿con nadie más?

—Yo, no.

La golfa hizo un mohín de disgusto. ¿Se trataría de una alucinación suya? Quiso probar otra vez.

—Mira: cuando venga Manolo, que ya no puede tardar, fíjate en su cara.

Rosalía se quedó en ayunas.

—¿Para qué?

—Para que te enteres cómo la tiene.

—¡Qué graciosa! A ver si te crees que no lo sé.

—Por lo visto, no.

Ahora la hermana comprendió.

Primero echóse a reir, y luego la cosa le produjo una ligera indignación.

Eso de que su sobrino fuese hijo de un pelanas como Manolo, no podía ella admitirlo ni en hipótesis. Se había hecho la ilusión de que Santitos resultase a la postre hijo de un duque o marqués, de cualquiera de aquellos peces gordos que se revolcaban con tanta frecuencia en la alcoba de su hermana, y cuyos... residuos tenía ella que lavar casi a diario. El padre dotaría al chico, y nada iría perdiendo la familia con ello.

Pero ¡hijo de Manolo! Pues vaya un negocio. ¿Para eso habia estado ella asistiendo a Leticia antes del parto, en el parto y después del par-

to? ¿Para eso se había pasado doce noches sin dormir?

Por si acaso llegaba a tiempo, quiso quitarle aquella idea de la cabeza a su hermana.

—Chiquilla, tú estás loca. ¿De veras le encuentras parecido? Fíjate bien y verás cómo no hay nada de eso. ¡Pues sí que le has buscado buen padre a tu hijo!

La otra, con uno de aquellos impulsos violentos que eran el distintivo de su carácter, púsose hecha una furia y empezó a insultarla.

—Oye: ¡cochina!, ¡indecente! ¿No te da vergüenza hablarme así? ¡Qué bien me agradeces el pan que te comes en esta casa! Mis hijos tienen el padre que a mí me da la gana... No creo que Manolo sea peor que el

chulo ese que te ronda a ti la calle por las noches.

Rosalía, que de memoria se sabía la papeleta, hizo lo que hacía siempre que su hermana se ponía así: quitarse de en medio sin decir palabra. Después de la enfermedad, durante la cual fueron el pan nuestro de cada día, aún no le había dado ningún arrechucho de aquellos; por lo visto, éste iba a ser el principio de una serie, y la chica dejó el vaso de leche sobre una de las mesillas de noche, y salió.

Leticia siguió gritando un buen rato, y al verse sola pensó que sería prudente callar. Volvió a sentarse junto a su hijo, casi a tientas, pues ya era noche cerrada, y la hermana, al salir, había apagado la luz.

En realidad, no es que le hubiera molestado lo dicho por su hermana; había chillado por necesidad fisiológica de desahogar su rabia, una rabia contra sí misma, al no poder descifrar este nuevo enigma de ahora, más complicado que el anterior.

Santos... hijo de Manolo... ¿Pero cómo podía ser esto, si ella y Manolo... no habían hecho nunca más que hablar? Algún beso furtivo que otro y nada más. ¿O era que también las personas, como los galápagos, se embarazan con la mirada?

Nadie, fuera de los dos, lo sabía, y nadie tampoco lo hubiera creído. Al ver a Manolo a todas horas en la casa, al ver la confianza que entre los dos había, cualquiera pensara que ambos habían llegado hacía

tiempo... al término del viaje. Sobre todo no siendo ella la casta Susana.

Ni aun jurándolo la hubieran creído. Y, sin embargo, era verdad, una de esas verdades con toda la apariencia de mentiras, que casi llegan a serlo en la realidad.

Cuando Manolo entró por primera vez en su casa—tres años hacía de ello—llegó decidido a todo. Llevaba una temporada persigüiéndola, asediándola materialmente en teatros y paseos; ella no había hecho más que animarle con la mirada, y una noche de Junio, como Leticia tomase el fresco al balcón, lo vió parado en la acera mirándola con ojos muy lánguidos.

No se habían hablado nunca, y fué él quien rompió el hielo:

—¿Espera usted a alguien?

No le contestó al principio, no debía hacerlo, pues al fin y al cabo se trataba de un desconocido. Pero había tal ternura en sus palabras, se transparentaba en ellas tal dejo de súplica, que, casi sin querer, replicó:

—No... ¿Y usted?

—Yo sí; pero lo que yo espero no llegará nunca.

—¡Caray! ¿Tan lejos está?

—Para mí como si estuviera en la Luna.

Siguieron hablando un rato en ese lenguaje un poco de charada y, al fin, como ella hiciera ademán de retirarse dentro, él tuvo un rasgo audaz: metióse en el portal, subió raudo las escaleras y llamó en el piso.

Leticia le había visto entrar, y no queriendo que su hermana ni las criadas se enterasen, salió ella misma a abrir.

Fué cuestión de un momento. Ella, medio enfadada y medio riendo, le llamó loco y le preguntó qué quería; le dijo que se marchara para no comprometerla gravemente; mas como el joven no quería, comprendió que tenerlo en la escalera resultaba peor. Podía bajar o subir alguien, y para evitar que lo vieran lo dejó pasar.

Solos en un gabinetito, él se desbordó. Todas las frases, todos los pensamientos construidos en los días de la espera, le vinieron a la boca de repente. Estaba loco por ella, y si no le quería estaba dis-

puesto a pegarse un tiro. Como se ve, no era muy original en sus ardores; a la palabra acompañaba la acción, y como esos soldados que van alojados a un pueblo y no gustan de perder el tiempo, quería que Leticia se le tumbase allí mismo, porque él... no podía más.

Leticia, aunque acostumbrada a ciertos achuchones, que eran toda la poesía de su oficio, se alarmó un poco ante tanta premura. ¿Es que aquel muchacho tenía que irse de allí a la estación y temía perder el tren? Si cedía, ninguna diferencia habría entre ella y esas desgraciadas de las casas públicas que lo hacen por telégrafo. El mismo, después de pasada la calentura del momento, ¿qué concepto formaría de

una mujer que tan fácilmente se entregaba al primer desconocido que llamaba a su puerta?

Tal idea dióle fuerzas bastantes para resistir y salir indemne del asalto. Cuando ya lo vió más calmado, le dijo:

—Vamos, hombre, sé formal, o no vuelves a entrar más en esta casa.

Para él aquellas palabras fueron como rocío del cielo: ellas querían decir que si era dócil, si obedecía, la puerta del piso de Leticia se abriría ante él siempre que quisiera.

Y eso era mucho, casi era todo: era la esperanza indefinida, el contacto diario y la entrevista con aquella mujer que ahora, de cerca, parecíale más apetecible que vista

de lejos. Lo demás ya se le daría de añadidura; era cuestión de tiempo y de ocasión propicia.

Pero pasaron los días y los meses, y la ocasión no se presentaba. Por fin pasó un año; Manolo entraba a diario en aquella casa, recibía las confidencias de Leticia, alegrábase con sus alegrías y entristecíase con sus penas; era su consejero, algunas veces su mozo de recados y su alcahuete. Pero... siempre que planteaba la cuestión recibía idéntica repulsa. Ella se ponía muy seria, se dignificaba, y le decía, entre suplicante y ofendida:

—¡Hijo, por Dios! Parece mentira... Sé formal, o voy a tener que dejar de verte.

Con el tiempo, Manolo desistió en

absoluto de su manía. Entraba, daba un beso a su amiga, hacía lo mismo al despedirse, y... nada más. Parecían dos amantes que en un momento de aberración mística hubieran hecho voto de castidad.

El joven, aunque habituado al fin a aquella abstinencia, reflexionaba a veces sobre ella, sin llegar a explicársela; se encontraba en una situación igual a la del individuo que lo encerrasen en una despensa prohibiéndole tocar a los comestibles. Lo que le producía cierta amargura era que para saciar el hambre muchas veces, tenía que entablar diálogos carnales con mujeres de la calle al salir de casa de Leticia; la cosa era sarcástica, pero inevitable.

Un día la golfa, mientras tomaban el café después de la cena, solos los dos en el comedor, le dijo:

—Oye, ¿sabes que estoy embarazada?

La respuesta fué una carcajada de él, gracias a la cual estuvo a punto de derramar su taza.

—No, no te rías; desgraciadamente es verdad.

—Pero...

—Mañana por la tarde voy a ir al médico para que me desengañe de una vez; pero hoy ha estado aquí Salvadora, la comadrona, me ha reconocido y me ha dicho que sí.

—Estaría borracha.

—¡Ojalá!

—Bueno, pero... ¿y cómo ha sido eso?

—Pues hijo, como son esas cosas. Tanto va el cántaro a la fuente...

Manolo se mordió los labios para impedir que le saliera la pregunta que ya tenía en ellos. Comprendió que hubiera sido ridículo preguntar por el autor de la hazaña. Ella no lo sabía; pues, de lo contrario, se lo habría dicho ya.

La cosa le produjo extrañeza a medida que fué después reflexionando sobre ella.

Él veía en Leticia a la amiga, a la mujer, a la hembra, mejor; pero no a la madre. Le parecía que para serlo haría falta algo que ella no había tenido nunca; una cosa así como la vocación, que es don del Cielo. La Naturaleza en este caso, como en otros muchos, mostraba la

gracia de sus paradojas. Porque, en virtud de una de ellas, esas mujeres que... *padrean* a diario no suelen ser madres casi nunca.

¡Un chico! Para él la novedad representaba un mueble más en la casa, siendo así que sobraban tantos.

Y este chico—Leticia se abismaba cada vez más en el absurdo—resultaba hijo de él, del hombre que era acaso el único, entre todos sus amigos, que no la había perforado ni en sueños.

Desde su rinconcito de la alcoba oyó el timbre de la puerta. Seguramente era él.

En efecto; al poco oyó sus pasos por la casa. Abrió la puerta de escape, y dijo antes de pasar:

—¿Estás aquí?

—Sí; pasa... pasa...

—¿Cómo estás a obscuras?

—Para que no despierte el pequeño.

Manolo bajó la voz mientras avanzaba a tientas.

—¿Lo tienes aquí?

—Sí.

—Chiquilla, no veo ni gota.

—Enciende si quieres. Ya se despertará pronto.

Pero el visitante habia visto ya sobre el fondo de los cristales del balcón la silueta de la madre y de la cuna en que reposaba el hijo.

Fué a ella y, como de costumbre, dióla un beso en la frente. En la obscuridad notó que le acogía con más efusión que de ordinario, abra-

zándose a su cuello, prodigándole caricias, haciéndole mimos, y todo ello en silencio, sin duda para evitar que el cachorro despertase.

La cosa fué tan lejos, que Manolo, por un momento, creyó que había llegado ¡después de tres años! el momento crítico. Para no desaprovecharlo, hizo algo más que dejarse querer: a las caricias correspondió con otras, a los mimos con sobos intensificados.

Sin darse cuenta habíanse puesto los dos en pie. Manolo la había abrazado por el cuello y le decía unas frases muy raras, metiéndole materialmente la boca en uno de los oídos. Ella había adoptado una actitud pasiva, de franca entrega; poco a poco, andando como sonám-

bulos, iban los dos hacia la cama, que les aguardaba al fondo de la estancia, oculta bajo el manto de sus cortinas en dosel.

Era indudable: el momento había llegado. Ya la tenía Manolo apoyada contra el borde del lecho, cuando un gemido, un hipo continuado y escandaloso llegó hasta ellos del otro extremo de la habitación.

Era Santitos, que despertaba, y con sus berridos parecía decirles:

—¡Por Dios, señores, que estoy yo aquí...!

Leticia, como si le hubiera picado un tábano, desprendióse de los brazos de Manolo, y fué corriendo a la cuna.

Todo el fuego con que antes había acariciado al amigo, lo emplea-

ba ahora en acallar y contener al hijo. Y hasta podía decirse que, por la fuerza de la costumbre, las caricias eran las mismas.

Pasada con creces la cuarentena, Leticia reanudó su vida de siempre.

Volvía a ella con más fuerza, con mayores bríos, y hasta si se quiere, ennoblecida por un gesto amargo que el sufrimiento había grabado en su rostro.

En medio del desorden de sus días y de sus noches—de éstas sobre todo— había un cierto método en su vida. Levantábase tarde, muy tarde, y sólo rara vez salía de casa por las mañanas; cuando lo hacía era siempre a pie, y únicamente para hacer unas compras en los co-

mercios de la Carrera o de Cedaceros.

Comía siempre sola, es decir, sentábase a la mesa y la doncella hacía desfilar por delante de ella una serie de platos a los que Leticia apenas tocaba; era asombroso lo poco que comía; en cambio se atracaba de pedacitos de pan recargados de pimienta o de mostaza, y al final, como postre, se echaba al cuerpo un enorme tazón de café puro y muy cargado, en el cual volcaba siempre dos copas de aguardiente.

Gracias a esos excitantes vivía, con una vida un poco artificial, de estallidos violentos y depresiones, que la dejaban como muerta horas enteras.

A media tarde, ya peinada y arreglada con sus mejores galas, ocupaba su cochecito—una berlina o landó, según el tiempo, con un precioso alazán que conocía todo Madrid—y se iba de paseo, a la parte solitaria de la Moncloa unas veces, como huyendo de la gente; otras, en cambio, al Retiro o la Castellana, en las horas de más bullicio. Tras el paseo venían las visitas a la modista, a la corsetera, a madame la de los sombreros, o el fisgoneo por casa de alguna amiga, donde se enteraba de los últimos chismes de ese mundo de las piculinas y los cabritos, donde raro es el día en que no ocurre algo sensacional.

A estas labores de la tarde les llamaba ella sus horas de trabajo;

podía decirse que vivía para ellas, pues eran las únicas en que verdaderamente disfrutaba. Lo *otro*, lo del oficio, era un mecanismo que procuraba despachar todo lo aprisa que podía, y, en la mayor parte de los casos, sin gusto alguno por su parte.

Debido a ello, el castigo mayor que podían darle era quitarle el paseo, cuando a algún caprichoso de los que pagaban bien se le ocurría ir a verla a tales horas, previo aviso. La cosa ocurría con harta frecuencia, y la parroquia vespertina era casi siempre de gente seria, hombres casados o que tenían algo que tapar, y que sabían cómo, contra lo que dice el refrán, de tarde todos los gatos son pardos.

Cenar, cenaba casi siempre con Manolo, y muchas noches iba al teatro con la hermana, que hacía entonces las veces de señora de compañía. A la salida ocurría... lo que Dios quería; al llegar esta hora fallaban todos los planes y todos los métodos. Una veces era el señor desconocido que se pasaba la noche asaeteándola desde las butacas, y acababa mandándola un recado con la florista de tanda o con un acomodador complaciente; otras, el amigo que, desde uno de los palcos de las Sociedades, le hacía un guiño expresivo y la aguardaba a la salida; hoy la cena en cualquier restorán del centro o en los reservados del Casino; mañana la invitación en casa de la amiga, donde había co-

milona con intermedios de bacarrat y complicaciones de... juegos malabares.

Como se ve, la vida que Leticia llevaba—igual a la de todas las de su gremio—, si bien no es para que a una mujer la suban a los altares después de su muerte, tampoco viene a resultar ese conjunto de liviandades y monstruosidades de que el vulgo cree pobladas las horas de las sacerdotisas del Amor.

Vida aburrida, a pesar de todas las apariencias de holgorio, con sus ratos buenos y su inmensidad de ratos malos, con algunas humillaciones y bajezas, al lado de contadas satisfacciones de amor propio; una vida como todas las demás.

En estos primeros días de su vuel-

ta al mundo, Leticia tenía que resolver un grave problema; era algo así como lo que pudiéramos llamar el problema de la estática de la cortesana, que si bien tiene por ley de vida vivir a saltos y de flor en flor, necesita un puerto de refugio al que enfilar la proa los días de borrascas. Y ese puerto no es otro que el amante fijo, el mantenedor de la casa, el cabrón, como le llaman ellas en su germanía, que no peca, ciertamente, de inexpresiva.

La madre de Santitos había tenido suerte en ello; durante cinco años, el buenazo de Fabio había sido su Providencia, con una constancia y una fe a prueba de sospechas, que hacían de él el cabrón ideal. Con sus sesenta años, que parecían cuarenta

y cinco, estaba aún fuerte y entero, y mirado de lejos resultaba guapo, con una belleza de caballo percherón que aún actúa de semental.

Proveía con largueza, con verdadera esplendidez, a los gastos de la casa, y a cambio de ello no exigía más que una hora diaria por las tardes, como hombre que sabe que en una hora bien aprovechada se puede crear un mundo.

Leticia le recibía con la misma frialdad con que se acoge a diario la salida del sol; sabía que no podía faltarle, aunque de su llegada no esperaba nunca grandes sorpresas. Fabio, aparte de este ratito diario de lata, sólo exigía a su amante una cosa: que en público no le pusiera en ridículo. El y ella sabían muy

bien lo que esto quería decir: nada de bailes, nada de pollos o gallos escondidos en los antepalcos de los teatros, nada de... chulos, al menos de un modo muy ostensible.

No era mucho pedir; pero todo el mundo sabe el gran encanto que tiene lo prohibido. Hacía próximamente un año, Leticia, invitada por el diabólico Pepe Angulo—¡qué boca tenía aquel pillastre!—fuése con él una noche a cenar en casa de Camorra, y tal borrachera cogieron los dos, que al día siguiente, a las once de la mañana, se paseaban por el centro de Madrid en la chocolatera del primero.

Dieron el mitin; todo el mundo los vió, y Fabio, aquella misma mañana, dió a su querida el cese. La cosa

no hubiera pasado de un incidente sin importancia, y el viejo hubiera perdonado al poco tiempo, a no ser porque la fatalidad, en forma de pulmonía, le tuvo por aquel entonces dos meses en cama. Cuando se levantó la familia se lo llevó al campo y se aprovechó de su debilidad para hacerle romper del todo con *aquella mujer;* Fabio se enteró de que Leticia estaba embarazada, y tuvo miedo a las consecuencias.

En aquellos nueve meses, la golfa, sin humor para nada, y sabiendo que no hubiera podido soportar a su lado asiduamente a ningún hombre, no se preocupó de buscarle a Fabio un sustituto. Pero ahora... ¡Las cosas habían cambiado tanto! Tenía un hijo, es decir, un lazo que la unía

con la vida. Ya no era la pájara errante que vuela durante unos años a su antojo, y un día desaparece sin dejar rastro. Ahora no: al morir ella quedaría Santitos en el mundo, y era cosa de que quedase lo mejor posible; la madre tenía que mirar por el hijo, tenía que poner un poco de orden en su vida, y para ello nada mejor que buscar otro Fabio, con la mayor suma de dinero posible.

En realidad, no tenía que buscarlo; se trataba sólo de dar un sí.

Pepona, la fiadora, que iba todas las semanas a la casa con alguna ganga nueva—un juego de camisas, unas piezas de encaje, unas colchas, que siempre las vendía una marquesa—, le había hablado ya tres veces del asunto, desde que la vió en fran-

ca convalecencia. Se trataba del conde de Retamares, Perico Retamares, como le llamaba todo el mundo en Madrid, a pesar de sus cincuenta y cinco años.

Era viudo, y estaba lo que se dice materialmente podrido de dinero; le había dicho a la Pepona que desde que Leticia salió de su cuidado le gustaba mucho más que antes, y antes ya sabía ella que le gustaba un rato largo. La oferta era tentadora: lo que ella quisiera, y hasta depositado en el Banco si era ese su gusto.

Leticia vacilaba. Perico tenía fama de estar más loco que un cencerro, y esa locura le daba muchas veces por pegarle a las mujeres, cosa que si a ellas les agrada más que el pan frito cuando es el novio

el que pega, les sabe a rejalgar si el de los palos es al mismo tiempo el del dinero. Además, malas lenguas—o buenas, ¡vaya usted a saber!—afirmaban que Perico Retamarcs no era sólo de dinero de lo que estaba podrido; ello sería acaso una calumnia; mas lo cierto es que llevaba con mucha frecuencia el cuello entrapajado, como con una bufanda antiséptica.

La golfa sabía muy bien que, en todo caso, nada de ello sería obstáculo para dar el sí; pero quería esperar, quería conceder a la suerte un nuevo plazo, para que en él se presentase un candidato más agradable y que oliese menos a yodoformo.

Ya tres veces le había visto paseando por la acera de enfrente, y las tres a la misma hora: a esa hora alcahueta del atardecer.

Miraba mucho a sus balcones; pero al principio no supo Leticia si las miradas eran para ella o para una niñita muy cursi y muy coqueta que vivía en el piso de arriba, hija de un empleado del Catastro, y que variaba de novio a cada luna nueva.

Pero una noche fué con su hermana al Reina Victoria y ocuparon ambas una platea de la derecha; el paseante estaba al pie mismo, en una butaca de pasillo, y se entretu-

vo toda la noche en mirarla como en éxtasis, sin atender para nada a lo que en la escena ocurría.

Leticia, que lo observaba con el rabillo del ojo, sin atreverse a mirarlo de frente más que muy rara vez, llegó a azorarse por aquella muda adoración del muchacho, tan distinta de la mirada procaz y de deseo con que la regalaban de ordinario los hombres.

Aprovechaba los escasos momentos en que el chico miraba al escenario para examinarlo a su sabor. Como lo tenía allí a sus pies, y a menos de dos metros, la tarea no resultaba difícil, a pesar de la penumbra de la sala.

Era muy joven: seguramente no habría cumplido los veinticuatro

años, y era guapo, con belleza un poco de niña, pero que ya anunciaba su metamorfosis en algo más varonil.

Los ojos, sobre todo — Leticia lo primero que le miraba a los hombres eran los ojos y el bolsillo—, eran de una dulzura muy atrayente, un poco entornados, sin afectación, como esos ojos que suelen poner algunas personas en el momento álgido del revuelco amatorio, cuando se mira muy lejos, tan lejos, que no se ve absolutamente nada.

A la salida la piculina le entrevió como una sombra, confundido entre el gentío, cuando ella subía a su coche.

Y a la tarde siguiente, a la misma hora de siempre, escondióse tras lo

visillos del balcón para verle pasear como de costumbre y alzar de vez en cuando la mirada a lo alto. No se lo confesó ni a sí misma, rechazando al punto la idea como si fuera grave pecado; mas lo cierto era que experimentó una suave sensación de agrado al confirmar ahora que el paseante no estaba allí por la vecinita de arriba, sino por ella.

Segura de que no le veía, observábale ahora a su placer. El pollo se paseaba lentamente, deteníase a veces junto a uno de los árboles del borde de la acera, y, en general, tenía ese aire y ese gesto del hombre que no sabe si lo que está haciendo es una labor útil o una tontería.

Al hacerse de noche, el hombrecito se marchaba, después de volver

la cabeza diez o doce veces en su retirada, como quien hasta última hora no quiere perder del todo la esperanza. Leticia le vió desaparecer tras la esquina, y aún se quedó allí en el balcón, mirando a la calle, como si ella también esperase algo hasta última hora.

Vino a sacarla del ensimismamiento la voz de la doncella, que la llamaba desde el fondo del gabinete.

—Señorita..., señorita...

—¿Qué es?

—Este señor...—y enseñaba en la mano una tarjeta.

Antes de cogerla, volvió Leticia a preguntar:

—¿Y qué quiere?

—Ver a la señorita.

—¿Verme?...

Tomó la tarjeta. En ella decía únicamente en menuda letra de imprenta: *El Conde de Retamares.*

Quedóse perpleja. Ella conocía a Perico. Se lo habían presentado hacía mucho tiempo, en un baile; pero ni el conde había estado nunca en su casa, ni habían hablado los dos más de tres veces en la vida. Siempre que se la encontraba, ¡eso sí!, la saludaba muy atento, pero nada más.

¿A qué venía ahora? Ella nada concreto había contestado a las insinuaciones de la Pepona en favor de su candidato... Mas lo cierto es que allí estaba. ¿Qué debía hacer?

—¿Le has dicho que estaba yo en casa?

—Le he dicho que no sabía.

—¿Dónde está?

—Le he pasado al salón.

Había que resolverse. Negarse a recibirlo acaso fuera desahuciarlo para siempre; y ¡eso no, caramba! Habló en ella el instinto más que la reflexión, y dijo a la muchacha:

—Dile que tenga la bondad de esperar un momento.

Fué al tocador, y aun cuando estaba presentable, procuró arreglarse aún más. Se dejaría la misma bata, un quimono grana con gigantescos pájaros de oro, pues había que dar al visitante la impresión de que se le recibía con toda naturalidad. Fué el pelo, y sobre todo la cara, lo que disfrutó de nuevos cuidados.

Ahuecóse los cabellos sin desha-

cer el peinado de moño bajo y bandós ondulados, que conocía todo Madrid, y dióse brillo en ellos hasta dejarlos como dos piezas de metal. Agrandóse con el lápiz los ojos, y dió también carmín a sus labios, después de haberse enjuagado la boca con agua dentífrica.

Miróse al espejo; estaba como para aguantar un choque. Antes de ir al salón pasó del tocador a la alcoba y dió un beso a Santitos, como para pedirle inspiración en el trance que iba a afrontar. Porque a ella no le cabía duda de que la visita de Perico la había preparado el destino, para acabar así de un golpe con sus vacilaciones.

Saludáronse los dos sonriendo, y, claro es que ni ella cometió la can-

didez de preguntarle a qué venía, ni él la de decírselo. Hay sitios a los que no se puede ir más que a una cosa.

Perico Retamares no tenía nada de tímido; así fué que tras de unos cuantos piropos y elogios a la belleza que tenía delante, tan castos como los que pudiera dirigir a una mujer oficialmente honrada, planteó a Leticia el problema, para lo cual empezó por tutearla.

—Yo te quiero, Leticia; tú lo sabes. Nada te he dicho hasta ahora, porque no me gusta quitarle a nadie lo suyo, y ahora mismo, si me equivoco y no eres libre, dímelo, y verás qué pronto me voy a la calle.

Todo esto no podía ser más razonable, y hasta ahora no aparecía

por ninguna parte el hombre loco e impulsivo que pregonaba la fama.

Ella le oía con una leve sonrisa, y sin decir palabra, muy atenta, pero sin fingir pudores, que hubieran sido grotescos. Cuando él hizo una pausa, ella le preguntó:

—¿Está usted seguro de que me quiere?... Porque a veces en eso del cariño se engaña uno mucho.

—Mira, lo primero que te digo es que no me hables de usted; me parece impropio, pues no soy tan viejo como para merecer esos respetos. Ya ves que yo he empezado por dar ejemplo.

—Bueno, pues de tú. ¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Claro que lo estoy! Yo no trato de engañarte.

—Sería inútil.

—Ya lo sé; además, cuando haya por ahí alguna mujer que pueda decir con razón que yo la he engañado, me avisas.

—No, si yo no digo.,.

—Yo voy siempre con el corazón en la mano. Tú me dices lo que necesitas al mes para ti y para la casa...

Leticia le atajó con una mueca de repugnancia.

—Eso es lo de menos, hombre.

Insensiblemente, Perico se había acercado a la golfa. Del sillón en que al principio estaba sentado, había pasado al mismo sofá en que ella acomodaba sus posaderas, y sin querer, sin darse cuenta, para animar el diálogo, la había cogido una mano.

Empezó a hablar bajando la voz, lo cual, en ciertos casos, suele ser muy mal síntoma.

—Sí, ya sé que el dinero es lo de menos. Lo importante es el cariño, y yo te quiero, Leticia, yo te quiero, no lo dudes. Yo he querido decirte que a mi lado nada ha de faltarte; que si tú eres buena conmigo, yo haré lo que tú quieras...

Ya eran las dos manos las que estrechaba entre las suyas, mientras, para hablar, le metía casi la boca en una de las orejas; felizmente, Leticia las llevaba muy limpias y no había cuidado.

El salón, con sus muros grana y sus tapices de una severidad convencional—el de la puerta representaba las bodas de Camacho—, pare-

cía animarse con fulgores de epitalamio; las palmeras que en cada rincón había, diríase que se agitaban reverentes para saludar a la pareja amorosa, y el gran espejo que, orlado de flores, se alzaba sobre la chimenea, reflejaba el grupo de los amantes como las aguas de un lago invertido.

Leticia era maestra en su oficio y sabía muy bien que al llegar ciertos momentos hay que defenderse: es una defensa parecida a la de esos abogados de oficio a quienes la ley encarga de salvar a un monstruo sin salvación posible; algo frío, convencional, que más bien parece una invitación al patíbulo. Pero si fuéramos a suprimir del mundo todo lo convencional, la vida sería una vasija con el culo roto.

—¡Por Dios! ¡Sé formal!... ¿No ves que pueden oirnos?... Te advierto que no estoy sola en casa... Mi hermana está ahí a dos pasos... Y el chico, ¡por Dios!, que está aquí al lado, en su cuna... puede despertarse...

—¡Bah! ¡No se enteraría de nada! Todos hemos sido chicos.

Porque él no dudaba que todo lo que decía Leticia fuera verdad; pero también sabía que ciertos argumentos no se contestan con palabras.

En el suelo, y al pie de una mesita de te a la que hacían guardia dos taburetes árabes, había una estupenda piel de oso blanco, con una cabezota formidable; Retamares, sin abandonar el cerco, hizo al momento su composición de lugar; sobre

su cabeza, encima del sofá, estaba el interruptor de la luz eléctrica.

Soltó un momento una de sus manos y dió media vuelta al botón; la habitación quedó a obscuras, sin más que el liviano reflejo de una luz lejana, que llegaba hasta allí a través del montante del gabinete.

Leticia comprendió que había llegado a ese punto en que la resistencia no puede prolongarse sin convertirse en una grosería. Era el oficio. La heroicidad debía dejar plaza a la complacencia. Notó que en las tinieblas casi la alzaban del sofá y la depositaban más allá, en el suelo; palpó y observó con gusto que había caído sobre la piel del oso, noble animal que trocaba ahora la fie

reza de su vida por una mansa complacencia.

Ya no hablaba más la víctima: limitábase a gastar en salvas la última pólvora de la resistencia, con unos quejidos y unos lamentos monosilábicos, de los que el agresor no hacía el menor caso.

Siempre ha sido difícil manipular en las tinieblas, aun llevando por guía el instinto y el deseo; en tales circunstancias una confusión la padece cualquiera, y así, nadie podrá reprochar a Perico Retamares—¡que no era ciertamente un primer premio del concurso de tiro!—que al llegar el momento álgido desviase la puntería...

El notó que su... prejuicio entraba en un recinto demasiado amplio y

falto de confort, y como oscilase el arma para orientarse mejor, una cosa puntiaguda vino a clavarse en él, haciéndole proferir un grito a cuyo lado las lamentaciones del profeta Jeremías fueron un cuplé.

No se lo explicaba; las piernas de Leticia—mármol y nácar— estaban allí; no era ilusión. Tuvo que apelar al tacto para salir de dudas.

Y salió. ¡Ya lo creo! En la precipitación había introducido el periscopio en la boca del oso de la alfombra, que se abría en las tinieblas como el orificio de un túnel.

Acudió a tiempo, y, ayudado esta vez por Leticia, pudo rectificar el yerro.

¡Pobre animal! Un segundo más,

y aquel habitante de la selva, que seguramente en vida sería una persona decente, se traga después de muerto un paquete indigerible.

—Espérame aquí, vengo en seguida.

Ella fué la que habló primero, apenas se repusieron del combate.

Y, en efecto, volvió a los pocos minutos arreglándose con las manos el cabello. Perico, sentado otra vez en el sofá, miraba al oso con ojos melancólicos, como esperando merecer su perdón. En realidad, tenía los dientes demasiado largos y puntiagudos. De buena se había librado el conde.

Abrazó a Leticia; pero ahora ya con toda pureza.

—¿Quieres que hablemos como dos buenos amigos?

—Tú dirás...

—Pero tienes que ser franca conmigo; si no no podemos hacer nada.

—Habla tú.

—¿Tienes bastante con mil pesetas al mes, pagando yo la casa aparte?

Leticia, por toda contestación, echóse a reir.

El agregó:

—Bueno, eso es lo fijo; luego, como tú comprenderás, para hacerte yo un regalo de cuando en cuando, y para comprar cualquier cosa que haga falta, no necesitaré que nadie me lo diga.

Hubo una pausa. Leticia seguía sonriendo.

—¿No contestas?... ¿Es que te parece poco?... Habla, mujer, porque hasta ahora nadie ha hablado más que yo...

Leticia, desatendiéndose de la conversación, prestó oído a un ruidillo que parecía venir de lejos a través de la casa, y de la parte de su alcoba. Era así como el maullido de un gato chiquitín que se fuera encorajinando poco a poco.

—Espera...; es el chico que se ha despertado...

Púsose en pie de un salto, y añadió:

—Voy a ver qué le pasa. Perdóname otra vez.

En la alcoba estaba ya el ama y Rosalía. Santitos tenía hambre y pedía la comida en esa forma con-

tundente que emplean los chicos y los recaudadores de contribuciones. Leticia, viendo que para nada le hacía falta a su hijo, volvió al salón.

—¿Qué era?—preguntó Retamares, fingiendo un interés que estaba muy lejos de sentir.

—No, nada: están con él mi hermana y el ama.

Leticia, mirando fijamente a su amigo, dejaba escapar una risita de conejo.

—¿De qué te ries?... ¿De mí?

—No, hombre... Me río de que... hay cosas que parece que las hace Dios.

—¿A qué te refieres?

—A lo que acaba de pasar aquí. Tú me estabas preguntando si tendría bastante con mil pesetas al

mes, y la casualidad ha hecho que de allá adentro te venga la respuesta.

—No te entiendo.

—El chico, con su llanto, te ha contestado. Yo, si estuviera sola en el mundo, como antes, te hubiera dicho que sí; pero... ya no es lo mismo. Ahora le tengo a él.

Perico sintió el deseo irrefrenable de decir una brutalidad, y la dijo:

—Te doy mi palabra de honor de que yo no soy su padre.

Y ella, que puesta a barbarizar iba más lejos que nadie, replicó:

—No podrías serlo; para eso hay que ser muy hombre.

—Bueno, no te enfades; ¿cuánto quieres?

—No, si no me enfado; pero es

preciso que tú y todos os hagáis cargo de que yo tengo que mirar por él. Cuando yo me muera, ya que no le pueda dejar otra cosa, quiero al menos dejarle algún dinero.

—¡Magnífico! Eres una buena madre... ¿Cuánto quieres al mes?

—No es cuestión de cantidad.

—¡Carape! Cada vez te entiendo menos.

—Quiero decir que los hombres sois muy veletas; tú, más que otros, tienes fama de eso. Yo, además, ya no soy una pollita; dentro de muy pocos años ya no podré inspirar más que amistad...

—Eso es una burrada; tú tienes que dar aún mucha guerra.

—Bueno, bueno; gracias por el piropo; pero yo sé lo que me digo.

Comprenderás que no puedo exponerme a que tú dentro de quince días te canses de mí, y...

--Las mujeres, cuando os las dais de muy listas, es cuando sois más tontas.

—Sí; pero yo, si tú no me depositas en el Banco una cantidad..., no para mí, ¡te lo juro!, sino para él...

—¡Vamos! Haber empezado por ahí...

—Tú eres el que debiste empezar.

—Pues hecho; no se hable más. Tú me quieres garantizado por un año, como los relojes, ¿no es eso?

—No; por dos.

—¿Por dos?... ¿De manera que si yo deposito cinco mil duritos a tu nombre...?

—Siete mil.

—¡Ah! ¿Han de ser siete mil?

—U ocho, si tú quieres...

Perico bajó la cabeza hasta juntarla con las rodillas, y quedó callado. Ella guardó silencio también, mientras se mordía concienzudamente todas las uñitas de la mano izquierda. Era aquel un momento solemne: la golfa esperaba la contestación del otro con la misma ansiedad con que el jugador de ruleta aguarda que se pare la bola. Se trataba sencillamente de tirarse un pleno de mil pesetas.

Perico, como si hubiera empleado todo aquel tiempo en pensar lo que iba a decir, habló, por fin, con mucha calma:

—Mira, Leticia, yo comprendo que lo airoso y lo bonito ahora sería

que yo, sin regateos, te dijera: «Hecho. Mañana tendrás los siete mil duros.» Pero es que las mujeres no os hacéis nunca cargo de la situación... ¡Claro! Y no tenéis vosotras la culpa. Oís decir cosas, juzgáis por las apariencias... Yo, por ejemplo, tengo fama en todo Madrid de ser muy rico, y como todo en el mundo es relativo, lo soy o no, según con quien se me compare. Pero yo te aseguro bajo palabra de honor, y te lo juro por lo que quieras, que para disponer, así en un momento dado, de siete mil duros, tengo que vender una finca.

—¿Y para cinco mil duros, no?

—¡Claro que no! Los tengo en mi cuenta corriente. Todo se reduce a cambiarla de nombre.

El instinto, que es casi siempre el talento de la cortesana, le gritaba a Leticia que si se resistía, si se hacía fuerte en su petición, el triunfo sería suyo. Leía en la cara de Retamares una ansiedad, unas ganas sinceras de convencerla, que siendo la expresión de un fuerte deseo, no podían ser de mejor augurio.

Y era en vano que el buen sentido le hablase por otra parte y le dijese que debía aprovechar la ocasión; que en Madrid eran muy pocos los hombres que ofrecían cinco mil duros a una mujer, así, de un golpe; que la mayoría de las compañeras de oficio se volverían locas de júbilo si las hicieran seriamente una oferta parecida...

No. Santitos, berreando ahora con

todas sus fuerzas en el último rincón de la casa, parecía decirla:

—No cedas, mamá, no cedas; yo, en tu caso, hubiera pedido diez mil.

Y no cedió. Al ver que el conde callába otra vez, púsose de pie, y llevando una mano a su hombro, le dijo, plena de tranquilidad:

—No te preocupes, hombre; haz cuenta que no te he dicho nada. Si no puedes, si supone para ti un sacrificio, yo no te lo voy a exigir; aunque ya sé que hay por ahí quien dice lo contrario, a mí nunca me ha gustado atosigar a los hombres, ni en el terreno del dinero..., ni en ningún otro. Ya te digo que como si nada hubiéramos hablado; por

eso no hemos de dejar de ser amigos. ¡Digo yo!

Era la humillación muy finamente inferida, pero humillación al fin. Perico Retamares, el amo de todas las mujeres de Madrid que se entregaban por dinero, había de renunciar a esta aventura por estrechez de bolsillo.

No podía ser. Levantóse también para marcharse, y aunque ya se había decidido, quiso darse un poco de importancia...

—Bueno, hijita, yo lo pensaré; veré si encuentro el medio de que sea lo que tú quieras... Te aseguro que deseos no me faltan....

—Yo nunca te hubiera hablado así si no fuera por él, por mi hijo.

Al decir esto, Leticia ponía la misma cara que debió poner la madre de los Macabeos ante el rey Antioco.

—Sí, hija, ya lo sé... Siempre he dicho yo que vosotras no debíais ser madres nunca... Bueno, yo te escribiré con lo que haya.

—Como quieras; pero si lo haces, que sea pronto, porque ya comprenderás que me urge aclarar mi situación.

Y no hablaron más. Al verse sola Leticia no pudo menos de reirse. Aquel hombre era suyo. Para lograrlo había tenido que buscar como cómplice a Santitos; pero, ¡bah!, cuando el chico fuera grande ya sabría agradecerlo.

Y es que así como hay madres que emplean a los hijos para exci-

tar la compasión, las hay que los usan como ganzúa.

El cachorro, como si lo hubiera adivinado todo desde el fondo de la casa, había dejado de berrear.

Hoy estaba verdaderamente contenta; y como la alegría en ella se manifestaba siempre—como todos los estados de su espíritu—por medio de verdaderas explosiones, en la casa todo el mundo participaba de su júbilo.

Aquella mañana, estando aún acostada, había entrado la doncella con una carta. El portador había pedido que le firmara el sobre la propia interesada, y la chica no tuvo más remedio que despertar a su dueña.

Bien valía la pena. Era de Retamares, y en ella le enviaba un talón

del Banco puesto a nombre de Leticia Robles y por valor de treinta y cinco mil pesetas. En la carta que acompañaba al envío, no decía más que lo siguiente:

«Amiga Leticia: ¿No era eso lo que tú querías? Besos al nene.—Retamares.»

Hay que convenir que, a pesar de su concisión, pocas cartas se han escrito más elocuentes.

Al principio la cosa no produjo a la golfa gran impresión; tenía la seguridad de que aquello llegaría, y el confirmarla no era más que el último trámite. Pero poco a poco un deseo de saltar y brincar la fué invadiendo, y la echó fuera de la cama antes de lo que solía.

Era primeros de mes, y llamó al

ama para pagarla; además del sueldo convenido le regaló diez duros. La buena tolosana dió las gracias y prometióse dejar aquel día que Santitos chupase de la teta más que de ordinario, aunque a riesgo de que cogiera una indigestión. La doncella y la cocinera recibieron también muestras parecidas del buen humor de su ama, y en cuanto a Rosalía, la hermana, se encerró con ella en el cuarto ropero, abrió uno de los grandes armarios, y descolgando un primoroso traje de todo vestir que había estrenado hacía un mes, se lo colgó de un hombro, mientras la decía:

—Toma, hija; te lo achicas un poco, y como si te lo hubieran hecho a la medida.

Se vestía así siempre, de los desechos de la hermana, que casi quedaban nuevos al pasar la moda. Pero este de ahora era no ya nuevo, sino flamante. Rosalía, asombrada ante el desprendimiento de su hermana, no se limitó a callar y agradecer como habían hecho el ama y la doncella. Quería saber... ¿Qué había pasado para que Leticia diese tales muestras de alegría?

Algo la dijo, pero sin detalles; no le gustaba que la hermana poseyera sus secretos.

—Nada; el conde..., ya sabes...

—Sí, Retamares.

—Que me ha hecho un regalo. Pero no lo digas a esas...

—¡Mujer, por Dios! ¡Qué cosas tienes!

Liquidada así con los demás su cuenta de satisfacciones, quedaba lo principal: Santitos. A él podía decir que debía aquel dinero, y para él había de ser un buen pellizco.

No quiso dejarlo para luego; se bañó y vistió de prisa y salió a la calle antes del almuerzo. En la calle de Alcalá, muy cerca de la Puerta del Sol, estaba la mejor tienda de juguetes de Madrid: un verdadero paraíso de los niños, en cuyos escaparates había siempre el último envío de Londres o de Berlín. Leticia entró y estuvo un largo rato viéndolo todo, curioseando hasta en el último rincón y vacilando a cada paso.

¿Qué llevaría? Este leopardo, casi de tamaño natural, era una precio-

sidad; pero, más que juguete, parecía un adorno para una habitación. Este ferrocarril, con sus vías, sus estaciones, sus agujas, sus empleados y hasta su comité de huelga, resultaba maravilloso, pero ¡era tan pequeño Santitos! No podría jugar con aquello, y sus manos, aún torpes, no servirían ni para destrozarlo.

Un gran caballo alazán que ocupaba el centro de la tienda, con su piel de verdad y su montura completa, le pareció lo más a propósito. El pequeño, para encaramarse hasta él, necesitaría una escalera; pero Letícia se decidió y mandó apartarlo.

Era el juguete más caro de la casa, pero aún no era bastante. Una

pelota de goma; un conejito que, gracias a la cuerda, saltaba y corría como los de carne y hueso; una caja de soldados y un muñeco alemán, formaron el lote que la madre mandó formar para su hijo, y pagó en el acto con todo el dinero que había sacado de casa.

Ya en la calle, enfiló la acera del Banco, muy grave, muy digna, como iba siempre, sin mirar a nadie, y dejándose admirar por todos.

Estaba guapa de verdad esta mañana; el relativo madrugón le había sentado muy bien, y tenía la cara más viva, más alegre, con los ojos más brillantes que de costumbre, destacando en la blancura de leche del rostro. Por debajo de la gorrita le salían dos mechones de pelo muy

negro, que daban a la cara un aspecto apicarado; como ya era a fines de Marzo y no hacía frío, iba a cuerpo, con traje de levita azul, y sin más que una piel blanca a modo de gola aislándole la cabeza.

Sus treinta y cinco años se transformaban así en veintitrés, aun aquí a la plena luz del sol, gran disolvente de todos los afeites. A ello ayudaba la línea pura del cuerpo, bien tallado y flexible, como el de una tobillera.

Al pasar frente a las terrazas del Ideal y del Lyon, una lluvia de piropos la saludaba.

—¡Vaya con Dios lo bueno!

—Al que madruga Dios le ayuda...

—¡Eso es cara, y lo demás una tarta!...

—¡Uy, uy, uy, los cuerpos simples y tobogánicos!

Eran los pollos que, entre sorbo de *coktail* y granadina, le daban lo suyo—bueno o malo—a toda la que pasaba.

Otras veces era uno de los vendedores de periódicos o décimos, un limpiabotas, un transeunte del estado llano; se apartaba para dejarla pasar, se cuadraba, quedábasela mirando como para hipnotizarla, y al cruzar la figura de la golfa por su terreno, largaba el requiebro. Estos solían ser un poco menos filosóficos, pero un mucho más expresivos.

—¡Mi madre, y qué barrenazo le atizaba yo a usté, mi vida!

—Si así tienes la cara, ¡cómo tendrás lo de abajo!...

—Por usted me estaba yo en tres pies doce días.

Ella ponía la misma cara ante los dichos de los unos y de los otros: hacía como que no los oía, pero a veces — cuando la barbaridad era muy grande—una sonrisita traidora la delataba.

Era como un arco de gala que fueran todos formando a su paso: en él, unos ponían las rosas de un piropo delicado y fino, otros el follaje verde que sirve de tosco relleno. Pero, en el fondo, todo hacía falta, y como expresión de un deseo de mordiscos, todos los agradecía por igual. Porque era la calle entera que se alborotaba a su paso, más ahora que cuando desfilaba por ella demasiado hierática en el estu-

che de su coche. Señores graves que no se atrevían a decirla cosas, volvíanse con disimulo a contemplar su estela; maridos que iban con su mujer, sentían a su paso más dura que nunca la cadena matrimonial; mirábanla con envidia las otras mujeres, y en el centro de Madrid, a esa hora casta y honrada del medio día, triunfaba sobre todas la Magdalena sin arrepentir, como si a su paso fuera frotando con unas alas invisibles a los hombres en la medula.

Esquina a Cedaceros tuvo la golfa un encuentro que la emocionó; fué una escena muda, pero harto elocuente.

Habíase detenido un poco al borde de la acera para dejar paso a un

tranvía de Lista, cuando, por detrás del vehículo, cruzó un joven que se vino como directamente hacia ella.

Era el de marras, el de las guardias en la acera a la hora del atardecer, el del Reina Victoria, que al ver a Leticia cuando iba casi a echarse encima de ella, no pudo disimular su turbación, y se apartó a un lado, bastante corrido.

Sus miradas se cruzaron un momento, y se dijeron ese micropoema de un segundo que se dicen con los ojos dos personas que se conocen mucho de vista, pero que no se hablan. El contenido de esas rápidas frases mudas viene a ser algo así como esto:

—¡Hombre! ¿Ya está aquí este tío?

—¡Nos ha fastidiao! Y usted, ¿no está aquí también?

La golfa bajó en seguida la vista, y siguió su camino. Lo sentía, era para ella evidente, como si lo estuviera viendo: aquel chico la iba siguiendo; en vez de continuar su camino en dirección contraria, había vuelto sobre sus pasos y marchaba tras ella como sujeto por un hilo invisible.

No es que lo hubiera visto, pues habíase guardado muy bien de volver la cabeza; pero lo notaba en una especie de frío voluptuoso que le corría por la espalda, como si de un momento a otro fueran a echarle por ella una sábana empapada en agua.

Seguramente el muchacho iría es-

piando sus pasos, observándola el menor gesto, sin dejar de mirarla un momento. Y ella, instintivamente, cada vez que uno de los transeuntes con quienes se cruzaba acercábase para decirla una atrocidad o simplemente para verla mejor, hacía un quiebro en la marcha, alejándose todo lo posible del importuno. No se creyese aquel joven que porque ella era... lo que era salía a la calle a que la echasen flores.

Al llegar a la Cibeles cruzó la plaza en dirección al palacio de Murga; ante la fuente volvióse un poco, con la excusa de ver si bajaba algún tranvía, y entonces lo vió. ¡Sí, estaba ella segura! No se había equivocado: a treinta pasos estaba

su mudo adorador, como si no quisiera importunarla acercándose mucho.

Aquel chico resultaba demasiado tímido. Y no es que a ella le agradasen esos tenorios de acera estrecha, que en cuanto ven a tiro una mujer se creen en la obligación de vomitarle al oído una burrada; pero entre esos y aquel mirar embobado de este pollo, que ya duraba varios días, había un prudente término medio. ¿Qué esperaba? ¿Que ella una buena tarde le hiciese señas desde el balcón para que subiese, como hacían con los organilleros las pupilas de Ceres y de Tudescos?

Y suponiendo que el chico se arrancase, ¿es que iba ella a decirle que sí? En realidad no sabía qué

contestarse a esto. Aunque su oficio era ese, el pretendiente debía estar de dinero a la altura de un adoquín, y ella sabía muy bien que esos líos con gente pobre tienen dos enormes inconvenientes: es el primero, que se trabaja gratis, y el segundo, que se desacredita una como mujer de postín ante los demás cabritos.

Esto pensaba y casi decía en voz alta Leticia, mientras subía hacia su casa por la calle de Olózaga. Si aquel pipiolo se decidía a decirla algo, sólo Dios sabía lo que ella le iba a contestar. Pero, por si acaso, lo que deseaba es que se decidiese...

Aunque, pensándolo mejor, aquella timidez no la desagradaba del todo. Resultaba poco varonil; pero,

¿no estaba ella harta y más que harta de tratar con hombres?

Llegaban ya a la casa y la situación no había variado. Leticia cambió de acera, y le vió otra vez, aunque ahora un poco más cerca. A tiempo que la golfita se metía en el portal, recordó que aquel día había empezado muy bien para todos, y, gracias a la buena noticia que ella había recibido a primera hora, todos en casa, desde Santitos a la doncella, habían tenido su regalo.

Y quiso que su adorador incógnito lo tuviese también. Desde dentro del zaguán volvióse a la calle, le miró y le regaló con una sonrisa, que, traducida a la letra, quería decir:

—Por mí, ya puede usted ir echando el bacalao en el agua...

Aquel pollastre había llegado a ser la obsesión de Leticia.

Las personas cuyo recuerdo nos es grato—y esto lo mismo en hombres que en mujeres—se dividen en dos categorías: aquellas de quien no nos acordamos más que cuando una circunstancia fortuita nos trae a la memoria su recuerdo, y aquellas otras cuya imagen se fija como con tachuelas en nuestra mente y en ella permanece noche y día. En este último caso, es decir, cuando el recuerdo de la persona amada se convierte en obsesión, es cuando, según los poetas, surge el amor.

Bueno, poeta: toma lo que quieras. A nosotros nos da lo mismo.

Continuando esta divagación, de una psicología que está al alcance de cualquier peón de albañil, sólo diremos, para terminar, que las obsesiones, por regla general, sólo se curan realizándolas. ¿Está esto claro?

No se necesita, por tanto, ser un Simarro para afirmar que Leticia y su mudo adorador acabarían haciendo la paella si Dios no lo remediaba.

Sólo cuatro días iban transcurridos desde el episodio de la sonrisa. El pollo, que al ver aquello creyó morir de felicidad, tenía ahora la amargura de notar que pasaban las horas y no se realizaban los pro-

yectos y las esperanzas que aquellas dos hileras de dientes blanquísimos le habían hecho concebir al asomarse a la roja herida de unos labios.

Leticia, por su parte, esperaba también. El joven había ido todas aquellas tardes, como de costumbre, a montar la guardia en la acera de enfrente, y ella, por verlo, aun sin ser vista, había suspendido el paseo en coche y el visiteo de tiendas y amigas en estos últimos días. Por lo general, solía coincidir la marcha del muchacho, al encender se los faroles, con la llegada a casa de la golfa de Perico Retamares, que iba a cobrar en el cuerpo de su querida la parte alícuota de felicidad a que le daba derecho su anticipo de siete mil duros.

Ella se quitaba del balcón donde escondida había estado mirando a la calle, para ir a caer en brazos de Perico, que tenía ahora todo ese fuego del amante novel. Y ocurría que, en el coloquio amoroso, al llegar ese momento supremo que, ¡ay!, sólo dura un segundo, Leticia se acordaba del pollo y era para él la ofrenda de sus convulsiones. El cuerpo de la golfa iba por un lado y la imaginación por otro; de estos divorcios a espaldas de la curia hay en el mundo más de lo que parece.

Y mientras ella le amaba en espíritu, él, ajeno a tanta gloria, iba en el tranvía muy cabizbajo y triste, camino de su casa, en la que se encerraba con sus morriñas.

Vivía en un pisito del barrio de

las Salesas, en unión de su hermano, empleado del Banco, y cuidaba de los dos la vieja Antonia, una antigua criada de sus padres, que se habían traído de la provincia al venir a instalarse definitivamente en Madrid.

El pobre Daniel—ya es hora de que digamos cómo se llamaba—tenía la desgracia de ser un romántico; esto, dadas las condiciones de la vida actual, es algo tan funesto como ser un reumático o un tuberculoso.

Una de sus primeras lecturas de adolescente, allá, en el caserón de su familia en Granada, que parecía un convento deshabitado, había sido *La dama de las Camelias*, ese libro de tan voluptuosa tristeza, que nin-

gún individuo menor de treinta años debiera leer sin un comentarista al lado.

En su ánimo, la tragedia de Margarita Gautier produjo un efecto de exclusivismo; para él, desde entonces, toda golfa era una sentimental, una mujer de estirpe superior, que habiendo caído en el fango por azares de la vida, sólo aguardaba la mano redentora que se agarrase a la suya y la sacase de la charca.

Pocos tipos habrá creado la literatura tan sugestivos y tan dinámicos como el de la tísica querida de Armando; dinámicos en el sentido de que al aparecer ante una imaginación tierna, impulsa a obrar, viendo en toda piculina una mártir,

y adjudicando al joven que lee el papel de redentor.

Daniel en esto batía el record a a todos los de su edad. Al llegar a Madrid dos años antes para seguir la carrera de Leyes, quedó deslumbrado. Un mundo, hasta entonces no más que imaginado, iba desfilando ante sus ojos en los paseos, en las salas de los teatros, hasta en los gabinetes de ciertos falansterios amorosos a que su hermano le conducía, como un Mentor que prefiere la iniciación franca al descubrimiento por sorpresa.

Aquí era donde Daniel iba aprendiendo más; como las casas que visitaban — San Marcos, Gravina, principio de Jacometrezo—eran todas de diez pesetas para arriba, el

mozo iba conociendo una categoría de mujeres a base de *bidet* y camisa limpia, que en Granada era poco común en aquella época.

No eran las golfas de postín que él veía en los coches de la Castellana y en los palcos de la cuarta de Apolo, pero sí unas mujercitas que vestían casi como aquéllas—con vestidos un poco Codorniú—, fumaban egipcios con cierta delicadeza, y... hacían alusión a la madre de los amigos cuando éstos las jugaban alguna trastada, exactamente lo mismo que las de doscientas pesetas por dormida.

Eran, valga la frase, como la clase media del gremio, y ya es sabido cómo la clase media gusta de imitar a la aristocracia, poniéndose un poco en ridículo.

A lo mejor, de casa de la Remedios, de la Milagritos o de la Jesusa, desaparecía una de las pupilas; cuando los parroquianos preguntaban por ella se enteraban de lo ocurrido: la había puesto casa el conde Fulano, el banquero Zutano o el comerciante Perencejo. La mujer de casa pública y de carrera pasaba así a la categoría superior de comprometida: en vez de acostarse con todos, lo hacía con uno sólo..., al menos oficialmente. Era como los diputados cuneros, cuando les hacen senadores vitalicios.

Pero otras veces, el ama o encargada, al dar la noticia, se ponía seria y grave, y con un tono casi imperceptible de envidia, decía:

—Esa... Dentro de tres días se

casa con un muchacho muy joven y muy guapo.

Era el redentor. Otro que había leído *La dama de las Camelias* y no la había digerido. Por lo general se trataba de un empleado de la Casa de Canónigos, de algún *croupier* o viajante de comercio... Si es que el redentor no era un distinguido sinvergüenza que iba derecho a redimirse él, alimentándose en lo sucesivo de sabroso pan... de clítoris.

Daniel, al oir todo esto, revivía la novela inmortal. Claro que Armando no llegó a casarse con Margarita; pero hubiera llegado a ello de no meterse el padre por medio. Era una realización en la vida de lo que Dumas había hecho vivir en las páginas de su libro, pero una realiza-

ción pequeña, mezquina, de un romanticismo de casa de huéspedes.

Porque donde él veía la cosa en grande era cuando se trataba de las otras, de las más altas, de la aristocracia del gremio. De nombre conocía ya a casi todas las de Madrid, pues en cuanto veía a una preguntaba quién era, a su hermano o a los amigos de éste. La *Macilenta,* Pura la de los brillantes, la Julia Chitry, María Infantes, la Trini, Luisita la *Ansiosa*—¡vaya mote!—, la *Alicantina*, la *Mareca,* la *Pizpajo,* la *Neurótica* y la *Antiespasmódica*, eran con el pensamiento como visita de casa de Daniel.

Sabía dónde vivía cada una, cuál era el cabrito que la mantenía, de qué color era el caballo de su coche

y hasta lo que debían de ropa blanca en las tiendas de la Carrera y Cedaceros. Desde lejos las miraba como a estrellas a las que nunca podría llegar, a pesar de las ganas, y en su adoración un poco deslumbrada olvidaba que la que más y la que menos de aquellas princesas del revuelco había sido pupila de las casas que él visitaba y había yacido en doce horas con doce varones distintos.

Cuando la vió a ella, todas sus ideas, todos sus anhelos vagos, vinieron a concretarse en uno sólo.

Fué una tarde de Octubre; salían de un café céntrico su hermano, él y dos amigos, y bajaron hacia la Castellana. Al cruzar Barquillo tuvieron que detenerse para dejar paso a un coche; dentro iba Leticia, y a Daniel aquella cara le supo a cosa desconocida.

—¿Quién es?—preguntó a los demás.

—Leticia Robles: la tía más guapa de Madrid.

También Margarita, en su época,

fué la flor de París. Y sin darse cuenta, como cosa involuntaria, le asaltó al punto la idea de que aquella mujer necesitaba un redentor, y ese redentor podía ser él.

Pasó muchos días sin verla, hasta que, por acaso, se la volvió a encontrar una mañana. Leyendo en el rostro de ella lo que quizás no estuviera más que en el propio pensamiento del muchacho, Daniel notaba en aquella mujer un perenne gesto de tristeza, como si, no estando contenta de su oficio, lo soportase como una carga.

A su juicio, esto era lo que la distinguía de las demás. ¡Lástima que no estuviera tísica, como la señorita Gautier! Leticia, aunque algo lánguida y nada gruesa, tenía un as-

pecto muy saludable; era una desdicha, porque el bacilo de Koch ha sido siempre el compañero de juergas de todos los romanticismos.

Pero todo se andaría. Por lo pronto, la señorita Robles lucía siempre unas hermosas ojeras que, naturales o de tocador, hacían pensar en el alboroto de sus noches.

Ahora, después del episodio de la sonrisa, Daniel notaba que su enfermedad se había exacerbado; era como un ataque agudo en un sujeto predispuesto, como si todos los anhelos de los años pasados se concretasen ahora con la fuerza explosiva de su larga contención.

Desesperado al ver que en cinco días aquel principio de tan buen augurio no había tenido una conti-

nuación, llevaba ya cuarenta y ocho horas rondando la casa de ella, no sólo por las tardes, como de costumbre, sino también por la noche, a la hora en que podría salir para algún teatro.

La noche antes había sido para él una lluvia de fracasos. A las nueve y media llegó frente a su casa y vió a la puerta el coche de Leticia; el corazón le hizo una pirueta en el pecho; no cabía duda que iba a salir, y a aquella hora no podía ir más que a un teatro.

En efecto: no tuvo que esperar mucho; a los diez minutos de montar la guardia en la acera de enfrente la vió salir y meterse en el coche, acompañada de otra individua. Hasta aquel momento no cayó en la

cuenta de su estupidez. ¿Cómo seguirla con lo bien que trotaba el alazán? Buscó un coche en todo lo que alcanzaba la vista, pero fué inútil. ¿Tendría que echar a correr tras el vehículo, como hacen los maleteros a la salida de las estaciones? Subirse en la trasera no resultaba negocio, sobre todo si se tenía en cuenta que el carruaje de su amor la llevaba erizada de pinchitos. Cuando estaba parado en medio de la calle sin saber qué hacer y dándose a todos los demonios, pasó un tranvía que iba hacia Sol, e instintivamente lo tomó.

No tardó en alcanzar al coche, ni tampoco en adelantarlo demasiado. Como la marcha era desigual, pero el tranvía paraba de cuando en

cuando, los dos vehículos se cruzaban varias veces en el camino, como en una carrera de caballos en que se quisiera disimular el tongo.

Daniel, en la plataforma posterior, y con medio cuerpo fuera, casi en el estribo, se comía con los ojos la berlina, siguiéndola ansiosamente en sus peripecias. El no podía saber si Leticia le veía; de ella y de su acompañante, en la obscuridad del interior del coche, no se distinguia más que la blancura de las pieles, como una pradera nevada en el fondo de la noche.

Por fin, al llegar a la calle de Recoletos, el tranvía se deslizó por ella, abandonando la de Serrano. La berlina, con los saltitos de sus ruedas de goma, siguió como un

galgo hacia la Puerta de Alcalá.

Daniel fué a apearse, pero se detuvo a tiempo. Era una tontería. El coche seguramente bajaría hasta la Cibeles, y desde allí se encaminaría a un teatro; acaso llegase él antes, y todo era cuestión de mirar a la puerta de los más céntricos.

Frente a Apolo no había más que tres automóviles. El muchacho se apeó para dirigirse a la Zarzuela y subir desde allí al Reina Victoria.

En la calle de Jovellanos tuvo que pasar revista a una larga fila de vehículos que daba vuelta hasta la de Zorrilla. Tampoco estaba allí. Junto al Reina Victoria había, como siempre, hasta quince o veinte automóviles y otros tantos coches, pero no estaba *el suyo*.

Fué a inspeccionar los teatros de la calle del Príncipe. La cola de los de la Comedia llegaba, por la plaza de Santa Ana, a la calle de la Gorguera. ¡Nada! Frente al Español la inspección fué mucho más cómoda; se representaba una de esas comedias de arte puro, y ¡naturalmente!, no había ante su fachada más que un coche de punto, y eso porque se le había caído el caballo víctima de un lumbago.

¿Se le habría ocurrido a Leticia meterse en el Odeón? Fué a verlo y se llevó un nuevo desengaño.

En Romea, si estaba lleno de gente, todos los espectadores debían haber ido a pie, en tranvía o a nado. Y Daniel se encaminó a la calle del Arenal.

La inspección en la puerta de Eslava dió también un resultado negativo. ¿Se habría refugiado, dando con ello una prueba de buen gusto, en la casa de Loreto y Chicote?... Tampoco...

¿Qué hacer? Menos mal que el Real se había cerrado pocos días antes; si llega a estar abierto, el enamorado hubiera tenido que pasar revista a los doscientos o trescientos coches que se congregan en la plaza de Oriente, y se hubiera caído al suelo presa de un ataque cerebral.

Pero había que terminar la odisea: Lara, Cervantes, la Princesa, Infanta Isabel... No se sentía con valor para extender la busca a los cines. Aun así, de encontrarla en

alguno de los teatros que aún le quedaban, llegaría a tiempo de verla salir únicamente, porque eran ya muy cerca de las doce.

A la una menos cuarto Daniel entraba en su casa triste, cabizbajo y con las piernas hinchadas. Por lo visto, aquella mujer había pedido el coche para ir a contemplar la luna desde los altos de la Moncloa.

Tenía celos, unos celos horibles, no sabía de quién. Era evidente que la muy golfa se había ido de juerga; no era hora para salir de compras, pero sí... de ventas. ¡Cochina! ¡Asquerosa! Y mientras él hacía el lechón correteando en su busca por todo Madrid, ella se revolcaría en el reservado de algún restorán, Dios sabe con quién.

...Verdad es que esto también lo hacía Margarita de cuando en cuando.

Daniel tardó en dormirse, y lo hizo con la siguiente idea incrustada en el cerebro en forma de pregunta: ¿Por qué había tantos teatros en Madrid?

Así no era posible que ganasen las Empresas ni había amor que resistiese a tamaña carrera en pelo.

La tarde antes se había despedido para unos días Perico Retamares. Se iba de caza a los montes de Toledo, y de allí seguirían a un coto de la provincia de Jaén. Seguramente, hasta pasados quince días no volvería a Madrid.

¡Qué pena! Leticia se quedaba viuda por dos semanas, y esto cuando sólo hacía cinco días de su... boda. Estos *sportsman* tienen eso.

Por primera vez en su vida de piculina, Leticia tuvo miedo de aquella libertad que la ausencia del querido la procuraba. Miedo de sí misma, de su flaqueza, que—¡lo notaba

muy bien!—cada día se acentuaba más.

No era mucha la sujeción de ordinario: Retamares no era un tirano ciertamente, pero parecia que estando él en Madrid un problemático respeto cohibia un poco las decisiones de su amante. Mientras que ahora... ¡Esto de la caza! Después de todo, la situación resultaba bastante clásica; apenas hay narración de Boccacio o Paul de Kock en que, cuando un marido o amante se va de caza, no haya otro señor que se aproveche para dedicarse a la pesca. Hasta se diría que el *sport* cinegético es un medio de llevar dignamente ciertos adornos frontales.

Leticia, ahora que era dueña absoluta de sus horas, temía y desea-

ba que en algunas de ellas estuviese incluído el cuarto durante el cual dicen que cae siempre toda mujer.

Que su adorador no levantaba el cerco lo sabía ella muy bien; la noche antes le había visto en la plataforma del tranvía, persiguiéndola con la mirada. Y ella, que iba sencillamente a cenar al Palace con unas amigas, hubiera de buena gana parado el coche y, llamando al muchacho, le habría dicho:

—Anda, hombre, sube; si al fin y al cabo ha de ser...

Eran las siete de la tarde, y la mamá de Santitos, sentada ante su tocador, se ondulaba el pelo a conciencia; Manolo, sentado a su izquierda en una silla baja, levantábase a veces del asiento para des-

empeñar a la voz de mando cometidos tan difíciles como el de acercar una toalla, traer la caja de las cerillas y recoger del suelo una de las tenazas.

También el hombre, más tranquilo desde que la casa había entrado en orden al arreglarse Leticia con el conde, sentía ahora, ante la marcha de Perico, ese alivio que experimentan los criados cuando el señor se va de baños por unos días.

Unos golpecitos sonaron a la puerta del tocador; era Eladia, la doncella, que al entrar y ver a Manolo retrocedió como arrepentida.

—¿Qué es?—preguntó Leticia.

La otra, azorándose un poco, dijo:

—No, nada... Creí que estaba la

señorita sola... Es que dice el ama que si puede hacer el favor de salir la señorita...

—Bueno, ahora voy...

—Pocas cosas eran las que en aquella casa no podían hablarse delante de Manolo; pero por lo visto ahora se trataba de una de ellas. Para evitar sospechas le dijo al amigo:

—Ya sé lo que quiere: que le saque ropa para el nene. Se le habrá terminado la que tiene en el ropero.

Acabó de peinarse con toda tranquilidad, y echándose sobre el peinador la primer bata que encontró a mano, salió, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta.

En el pasillo esperaba la donce-

lla dando unos paseitos, como si estuviera haciendo centinela.

Leticia, después de dar una fuerte chupada al cigarrillo que encendió antes de salir, la preguntó en voz baja:

—¿Qué es?

Eladia se llevó un dedo a los labios y echó a andar hacia el comedor, precediendo a su dueña.

Una vez las dos en él, y aunque aislada la pieza al otro extremo de la casa, cerró la doncella la puerta.

—No era el ama, era yo la que tenía que decirle una cosa a la señorita.

—Me lo he figurado. ¿Qué pasa? ¿Ha venido alguien?

—No, es que... Pero ¿no me va a

reñir la señorita por lo que he hecho?

—¿Qué has hecho?

—Yo sentiría que la señorita se enfadase...

—¡Vamos, mujer, no seas estúpida! Habla ya.

—Hace un momento he bajado a la calle a avisar para que trajeran las botellas de leche, que ya sabe la señorita que me lo dijo esta tarde...

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que en la acera de enfrente estaba parado un señorito..., que por cierto ya lo vengo yo viendo en el mismo sitio varias tardes...

—Sí, sí...—replicó Leticia, que ya se estaba figurando el resto de la aleluya.

—Bueno; pues yo me fijé en que,

al ir para allá, me fué siguiendo, y esperó en la puerta de la lechería a que yo saliese. Entonces me siguió de lejos otro poquito, y al doblar la esquina se me acercó...

La golfa, a la que el relato iba produciendo una alegría sin límites, quiso embromar a la muchacha.

—Vamos, sí; que te ha salido un novio.

Eladia, que no esperaba aquello, púsose muy colorada, y echóse a reir.

—¡Señorita!... Empezó a hablarme, y yo al principio no he querido hacerle caso, pero ya me dió fatiga y...

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado si yo estaba sirviendo aquí, y al decirle que sí...

—Te ha dado una carta; tráela.

—No, no me ha dado nada; es decir... me ha dado una peseta para que yo le hiciera un favor. Nada más que decirle si la señorita iba a salir esta noche y si yo sabía dónde iba.

—¿Se lo has dicho?

—Yo sentiría que la señorita se enfadase, pero es que estaba viendo que si no se lo decía no me dejaba entrar en casa.

—¿Qué le has dicho? ¿Que voy al teatro?

—Que la señorita tenía pensado ir a la Zarzuela...

—Y hasta el número del palco le habrás dicho. ¡A ver si te crees que soy tonta...!

—Señorita...

—No, hija, no; si no me enfado.

—Yo le he dicho que esta mañana me habían mandado por un palco.

—Bueno; pues no malgastes las dos pesetas que te han dado por la noticia.

—¿Cómo sabe la señorita que han sido dos pesetas?

—Mujer, porque tú me has dicho que una, y yo sé que siempre, al contar las propinas, las reducís a la mitad... Bueno; di a Juana que quiero cenar a las ocho y media en punto, y si ves que a las diez menos cuarto no está el coche abajo, te agarras al teléfono y no lo sueltes hasta que no haya venido.

—Muy bien, señorita.

Volvió al tocador, y en la mitad del pasillo se detuvo para decir:

—Oye, di a la señorita Rosalía que aligere, porque si no está lista para la hora de salir me voy yo sola.

Le había entrado una prisa loca, un ansia porque aquellas horas que faltaban para la función pasasen en un vuelo. Cuando entró de nuevo, Manolo notó en ella una alegría nerviosa que no tenía al salir; el cambio no le chocó, pues estaba acostumbrado a estas veleidades de su amiga; tampoco se molestó en indagar la causa. ¿Para qué? La base de aquella tenue felicidad que para Manolo suponía el estar al lado de Leticia, era precisamente la ausencia de todo análisis.

Sentada otra vez ante el espejo, el peinado, que ya había dado por

concluído antes de salir, parecióle ahora que no estaba bien del todo. ¡Claro que no! El pelo caía mucho más por este lado que por el otro; además, el ondulado de esta banda de la izquierda, por lo demasiado geométrico, parecía hecho sobre pelo postizo. ¡Qué horror!

Y cuando ya no sabía qué nuevas cosas hacer con su cabecita para que resultase perfecta, estuvo a punto de echarse a reir. ¡Qué estúpida! No había tenido en cuenta que iba a llevar sombrero, y que por debajo de él apenas se la verían los tufitos cubriendo las orejas... Aunque, ¡quién sabe! Es costumbre quitar el sombrero de la cabeza al llegar cierto trance, y bueno era ir preparada para todo.

La cara, sí; en ella había que esmerarse. Pero como ciertos detalles —la boca, los dientes...—no podían ultimarse hasta después de la comida, dedicóse ahora con preferencia a los ojos.

No era muy amiga de pintárselos, pues los tenía tan bonitos que poco podía añadir a ellos el afeite; pero sí acentuar un poco sus cualidades naturales, aumentar el brillo, alargar la raya de los lados en las dos direcciones, recargar la tiniebla de las ojeras, como una mancha de moras sobre un fondo de leche.

A las ocho y cuarto ya estaba sentada a la mesa en compañía de Manolo. Apenas comió; una excitación nerviosa, una desgana, la obligaba a llevar sólo a la boca un pe-

dacito pequeño de cada cosa, tragando como quien traga un medicamento desagradable. En cambio se bebió cinco vasos de vino, cada uno de un golpe, y fué echando al estómago, con verdadera glotonería, unos ejemplares de encurtidos que picaban de un modo rabioso. Aquello se lo pedía el cuerpo con voces tan fuertes, que no era posible desoirlas.

A los postres se despidió Manolo, pues presumía que de allí en adelante no iba a hacer más que estorbar. Leticia volvió al tocador, y, durante una hora, terminó la obra del que pudiéramos llamar estuco personal, hecho hoy con más detenimiento que nunca.

Bajaban ya por la escalera las

dos hermanas, cuando el coche se detenía a la puerta.

Un segundo más de retraso, y el cochero se hubiera ganado una bronca.

Por el camino, Leticia, sin hablar palabra, iba riñendo una batalla consigo misma.

Era como si algo dormido en su interior desde hacía muchísimo tiempo—acaso desde sus primeros años de mocita—se le hubiese ido despertando poco a poco en aquellos últimos días, para hacerlo del todo en esta noche.

¿Por qué no había de ser feliz? Otras de su oficio lo eran, y ella hasta entonces no lo había sido nunca. Verdadera y castiza profesional del amor, podía decir que—fuera de algún desliz tan pasajero

que sólo había durado unas horas—jamás había hecho traición al lema fundamental de su gremio, que consiste en no entregarse más que al dinero.

En ese sentido tenía en Madrid justa fama de heroína; nunca había padecido ni chulos ni caprichos, pues aquel pobre de Manolo, más bien era una caricatura de ello, y ya se había convencido la gente.

Pero ahora... El arreglo con Perico Retamares la había proporcionado aquella tranquilidad de espíritu que hace falta para pensar seriamente en ciertas diabluras. Y como el alma humana es insaciable y ve siempre un más allá en todos los horizontes, ahora que Leticia, con el porvenir asegurado, era casi

feliz, quería serlo del todo. Lo exigía como un acto de suprema justicia, como una reparación que le debían a cambio de sufrimientos pasados.

Muy temprano, cuando apenas había nadie, entró en el teatro: al subir los escalones que conducen al pasillo de plateas se encontró de repente con su cortejo. Indudablemente, el chico estaba allí en acecho; pero el encuentro fué tan inesperado para los dos, que se quedaron cohibidos, tan rojos él como ella, pues también las piculinas, aunque haya quien no lo crea, se sonrojan a veces, con unos resultados maravillosos.

Aquí, se repuso él antes que ella: la dejó pasar sin decir nada; vol-

vióse rápido, y mientras Rosalia daba al acomodador el billete de la platea, Daniel dió unos pasos como para acercarse a Leticia; coincidió esto con el volverse de ella hacia donde el joven estaba, y entonces, como si en los ojos de aquella mujer por tanto tiempo deseada viese algo raro que autorizase todas las audacias, el muchacho, desechando por un momento su timidez de siempre, la pidió con un gesto que le diese uno de los claveles que como adorno del pecho llevaba.

La golfa sonrió, quedóse un momento mirando aquel manojo de flores rojas que sobre el fondo negro del traje parecían un gigantesco coágulo de sangre, y arrancando una la ofreció al mancebo.

Rosalía estaba ya dentro del palco y el acomodador había entrado con ella a pretexto de arreglar las sillas, pero acaso para dejar a los otros dos solos en el pasillo. En éste no había nadie, y cuando Daniel tomó el clavel de la mano de su amada, hizo ademán de besársela.

Rápidamente esquivó ella el gesto y metióse también en la platea, mientras decía en voz baja:

—¡Por Dios! Pueden vernos...

Daniel fué a ocupar su puesto en la sala. Experimentó gran contrariedad al ver que su butaca caía al lado contrario de la platea de Leticia, y tan cerca de la escena, que sólo volviendo la cabeza muy violentamente, podía verla desde lejos. Como la doncella, por ignorarlo,

no le había dicho el número del palco, no pudo hacer una combinación estratégica, y lo dejó en manos del azar. Por esta vez el azar habíale sido contrario y, además, iba a proporcionarle una tortícolis.

¿Tendremos que decir que el joven apenas se enteró de lo que pasaba en el escenario? Como visto confusamente entre nubes, recordaba un coro de soldados que se acercaba a una ventana en la que había una mujer y entonaba una serenata; al público le gustaba mucho aquello, pues, entre grandes aplausos, obligaba a la repetición.

Daniel se volvía de continuo hacia el cenit de sus amores y notaba complacido que Leticia no dejaba de mirarlo; estuvo a punto de des-

mayarse de júbilo al ver que por dos veces le dirigió los gemelos con cierta intensidad.

¿Qué más podía apetecer? Su imaginación, que parecía fabricada con pólvora, le gritaba que ya lo tenía todo y que en la sencilla simplicidad de aquel minuto en que le entregaron la flor había conquistado un mundo. El había oído decir que esta clase de mujeres se enamoran a veces sinceramente de un hombre. ¿Por qué Leticia no había de ser una de ellas? Por lo menos, hasta ahora, las cosas parecían ir por el mejor camino, que es siempre el más corto.

Terminó el acto, y el pollo, al notar que el público estacionado en el pasillo central le impedía ver a su amada, levantóse y salió.

Instintivamente, y como un sonámbulo que no ve por dónde camina, encontróse a la puerta de la platea. Ahora el pasillo no estaba como antes; unos señores de las otras plateas habían salido a fumar, y era constante el ir y venir de personas por la puertecilla que daba al escenario.

Daniel paseábase nervioso de punta a punta, montando una centinela de honor ante la platea. Al pasar frente a ella pensaba cuán feliz sería si en aquel momento la puertecilla se abriese un poco y saliese por ella una mano enguantada llamándole.

Pero no; aquello era demasiado. Leticia no podía hacer eso, pues alguna diferencia tenía que haber en-

tre ella y las damas de la calle de Ceres, que llaman a voces desde el portal a los soldados de la guarnición.

Era absurdo, pero él se recreaba en el absurdo. Sólo el que haya pasado unos momentos de ansiedad ante una puerta tras la que se esconde la felicidad, podrá saber lo que pasaba en aquel momento por el ánimo del muchacho. Es el dintel del aula donde nos acabamos de exàminar y por el que ha de salir el sobresaliente o el suspenso; es la entrada al despacho del médico que ha de decirnos si esto que notamos en el pecho es la tisis o un poco de reuma; es la puerta del toril, frente a la cual espera el torero que salga un miura con dos cuernos como to-

rres... En tales casos, y en otros parecidos, la madera de que se componen las puertas toma para el que aguarda un aspecto de cosa sagrada.

Daniel creyó que soñaba. Porque la platea se había abierto con mucha cautela, de tal modo que nadie que no estuviera muy atento lo habría notado: sólo un cuchillo—desde luede luego, de postre—separaba la hoja del marco, y por él unos ojos atisbaban el pasillo. Al principio no debieron encontrarlo muy de su gusto, pues el cuchillo no aumentó de tamaño. Aquellos ojos, ¿eran los de Leticia o los de la otra? Daniel no lo sabía... Pero pronto, aprovechando un momento en que tres paseantes fumadores marchaban de

espaldas, la puerta abrióse un poco más y la golfa dejóse ver, sonriendo.

En rigor, no es que le decía que pasase; pero el joven comprendió cuál era su deber, y pasó. La mano de ella, que no había soltado el pestillo, tornó a cerrar con tanta premura que casi cogió con el cierre los faldones del recién llegado.

—¡Hola! ¿Qué tal?—dijo ella sin dejar de sonreir.

Eso estaba bien; se veía que era una mujer educada; lo primero preguntar por la salud, aun tratándose de un momento tan solemne como aquél. Y el chico, para ponerse a tono, contestó:

—Muy bien. ¿Y usted?

—Bien. Siéntese...

Y así lo hicieron los dos en el banco de terciopelo rojo que había en el antepalco: Rosalía quedaba afuera, en el público; como para llamar a los bomberos si hacía falta.

Estuvieron un momento callados y de pronto empezaron a hablar los dos a la vez. Pero él, galante, y porque lo encontraba más cómodo, cedió la vez a ella.

—¡Ay que ver! Si nos vieran aquí solos...

—No creo que estemos haciendo nada malo.

—No, malo no, pero...

—Yo creo que bien me merezco un ratito como éste, después de todo lo que llevo padecido.

—¿Usted? ¿Y por qué ha padecido?

—Ya se lo puede figurar. Pero no...; hay cosas que usted, por ejemplo, no se podrá imaginar nunca.

Iba exaltándose a medida que hablaba.

—Usted no sabe lo que se sufre, lo que se padece cuando se desea con toda el alma una cosa que sabe uno no ha de poder alcanzar nunca. No hay en el mundo martirio igual, y es para volverse loco. Ver a una mujer a todas horas, por la calle, en los teatros, rozándose con uno, y, sin embargo, no poder acercarse a ella, porque sabe uno que al tocarla se le escaparía de las manos.

Daniel, sin duda, para que ésta de ahora no se le escapase, la había cogido de una de ellas.

—En presencia de esa mujer se le

abren a uno de pronto unos deseos terribles de besarla, de comérsela: es una necesidad física, material, y tan imperiosa como pueda ser la de comer o la de beber. Y tiene uno que aguantarse el hambre y la sed, porque las conveniencias sociales, esas ridículas faramallas que hemos inventado los hombres para martirizarnos, nos atan de pies y manos.

Leticia, muy callada, escuchaba al joven; en su timidez, en su falta de arranque, visto desde lejos, nunca se lo hubiera figurado tan vehemente. Le gustaba oirlo hablar así, encendido en el fuego de sus propias palabras, en aquella obscuridad del antepalco, que parecía una gruta muy lejos del mundo.

En una pausa de él, le preguntó, tuteándole de repente:

—¿Cómo te llamas?

—Daniel.

—Y, ¿vives aquí con tu familia?

—Con un hermano mio.

—Y, ¿qué...? ¿Te gusta mucho mi vecinita?

Quedóse absorto: no sabía de qué le hablaba. Ella, por divertirse un poco, insistió.

—La que vive en mi casa, en el piso de arriba. ¿No es por ella por quien paseas la calle?

El se indignó un poco.

—Vamos, Leticia, no seas mala.

—¡Ah! ¿Sabes cómo me llamo?

—¡Qué gracia! ¡Tú verás!

—¿Te lo ha dicho esta tarde mi doncella?

—No, mujer... Yo lo sé como lo sabe en Madrid todo el mundo.

Con un leve dejo de melancolía replicó ella:

—¡Claro! Soy tan conocida...

El creyó haber dicho una impertinencia y se apresuró a borrar el mal efecto.

—No te habrás enfadado por lo que te dicho...

—¡Calla, tonto! ¿Por qué?

—He querido decir que te conozco y sé cómo te llamas desde hace mucho tiempo.

—¿Quién te ha hablado de mí?

—No, así en particular, nadie. Yo te vi una tarde en el coche, hace ya muchos meses; fué la primera vez.

—¿Desde cuándo estás en Madrid?

—Dos años.

Leticia se tranquilizó; por mucho que le hubiesen contado, no era probable que lo supiera... todo. Ella misma casi había olvidado una buena parte.

Había empezado el acto y se oía desde allí el chín-chín de la orquesta. Ninguno de los dos pensaba en separarse; pero Daniel quería concretar un poco más.

—Yo quisiera, Leticia, que de ahora en adelante supiera dónde te podía ver. Por ejemplo: mañana tarde.

—¡Verme! ¿No me estás viendo ahora?

—Sí, pero así no; has de tener en cuenta que yo te quiero mucho.

Era la primera vez que se lo decía, y la golfa quiso juguetear un poco con la declaración.

—¡Quererme! No es posible. ¿Cómo vas a querer a una persona a quien acabas de hablar por primera vez?

—No importa. Yo te aseguro que te quiero desde hace mucho tiempo.

—¡Ca!... Te engañas. Créeme a mí; yo sé algo de estas cosas.

—Pero yo, en cambio, sé lo que me pasa a mí.

—Y ¿qué te pasa?

—Lo que no me ha pasado nunca: desde hace una temporada tengo siempre unas ganas feroces de verte... Yo sabía que sólo era de lejos y sin poderme acercar a ti; pero aun así, al ir a un teatro o a un paseo y no encontrarte, me entraba una tristeza muy grande, como si nada de lo que allí veía me interesase. En cambio, si estabas tú, ya todo me

parecía de color de rosa. Cuando a uno le ocurre eso con una persona, es que la quiere, no te quepa duda.

—¡Bah! Simpatía...

—No estoy conforme. A mí hay muchas personas en el mundo que me son simpáticas; cuando voy a alguna parte y me encuentro con ellas, experimento una alegría, eso es indudable; pero si no las veo, ni me entristezco ni las echo de menos. A ti y a todo el mundo le pasa lo mismo.

No contestaba; había puesto la mano que le quedaba libre sobre las dos de él, y así, con las cuatro cruzadas, parecían aguardar que desde lo alto otra mano invisible les echase una bendición, uniendo sus destinos para siempre.

Tras una pausa, le suplicó ella, con la timidez del que aguarda no ser obedecido:

—Oye: ¿por qué no te marchas ya?... Estamos aquí mucho tiempo y... no vayan a extrañarse de que no salga al palco.

—¿Extrañarlo? ¿Quién?

—No, nadie; la gente.

—¡Bah! ¿Tú qué tienes que ver con nadie?

—¡Ojalá! Eso creeras tú...

Daniel se acercó aún más a la golfa para decirla casi al oído:

—¿Sí?... ¿Quién manda en tí? Dímelo...

Pero ella se puso en pie:

—Anda, de verdad; márchate.

—Me voy; pero dime dónde nos podemos vernos mañana.

—¿Mañana?...

Quedó pensativa.

—Mañana no voy a poder.

—¿Tanto tienes que hacer?

—Mira, verás; vamos a hacer una cosa; por la noche podemos vernos en cualquier teatro, como ahora, y quedamos de acuerdo para vernos pasado en otro sitio.

Iba a protestar, pero ella le dijo, poniéndose muy seria:

—Tienes que ser obediente; si no, más vale que lo dejemos. Yo no puedo hacer siempre lo que quiera... a menos de comprometerme...

Eran las mismas palabras de Margarita a Armando al darle, en una de sus primeras entrevistas, tan sabias lecciones de chulería. Eran las palabras que empleaban siempre

las del gremio en circunstancias análogas; parecia que se ponían todas de acuerdo; pero preciso es convenir que en esas palabras, que envuelven tanta vergüenza y tanta humillación para el que las escucha, hay mucho de razonable.

Daniel asintió a todo. Haría siempre lo que ella le dijera; sólo pedía que no le mandase cosas superiores a sus fuerzas.

Se despidieron con un beso, el primero, y el joven se llevó en sus labios una buena dosis del carmín que había en los de ella.

Cuando salía por el pasillo iba pasándose la lengua por los morros. Experimentaba un sabor a cacao muy agradable.

Cuando se acostó aún seguía saboreando el dulce producto tropical, como si tuviese en la boca una pastilla imaginaria.

Estaban los dos encerrados en la alcoba de ella, sentados junto al balcón, y viendo desde allí el trozo de acera por donde él había paseado tantas veces.

Leticia, para recibir al muchacho, había tomado toda clase de precauciones. Si venía Manolo le dirían que la señorita había salido y que, como cenaba fuera de casa, no volvería hasta muy tarde. Para todas las visitas regía la misma orden, y, además, había dispuesto que todos los habitantes de la casa, excepto Eladia, se recluyesen en la cocina y comedor, procurando

no salir de allí en toda la tarde.

Quería hacerse la ilusión de que estaba sola con su amado. En cuanto a Santitos, si lloraba mucho y se ponía muy pelma, que se fuese el ama con él a la Castellana y no volviese hasta anochecido.

Así, cuando a las cinco en punto llegó Daniel, según lo convenido, la doncellita le abrió la puerta y lo pasó al salón. Presentóse en seguida en él la dueña de la casa, y, cogiéndole de una mano, lo llevó a la alcoba y cerró todas las puertas por dentro.

Una hora larga llevaban ya junjuntos y, en rigor, no podía decirse que hubieran quebrantado gravemente ninguno de los mandamientos, pues no eran más que faltas le-

ves los besos que se habían propinado como aderezo del diálogo.

Es decir, había uno de los preceptos del Decálogo, el octavo, que prohibe a rajatabla la mentira, con el cual Leticia habia hecho bonitamente un poco de juegos malabares. Influída por la hora, por las frases amorosas del muchacho, y hasta por el aspecto de la calle en esta tarde del final de Marzo, que parecía de Noviembre por lo triste y desabrida, habíase creído en el caso de contar al novio la historia de su vida.

—Yo vivía en Málaga—le había dicho, mirando al cielo pardo casi durante todo el relato—con mis padres; mi padre era abogado, y a mí me salió un novio cuando acababa

de cumplir los quince años. Era un chico de muy buena familia, hijo de un general, y ya una noche, a la salida del teatro, me escapé con él y estuvimos quince días escondidos en casa de una que había sido criada nuestra. Mi novio, que era un canalla, después de lograr de mí todo lo que quiso, me abandonó marchándose a Málaga; yo no tuve noticias de él hasta cinco años más tarde, que me enteré que se había casado con una muy rica en Barcelona. Volví a mi casa, y mis padres no quisieron admitirme. Entonces yo escribí a una hermana de mi madre que vivía aquí en Madrid—¡ya se ha muerto la pobre!—y me vine con ella... Y aquí, pues, ¡qué te voy a contar! Conocí a Fabio Hornedo,

que seguramente le habrás oído nombrar, él me puso esta casa y... ¡nada más!

Si Campoamor hubiera escuchado este raconto, habría tenido un motivo más para construir su célebre frase: «No creo en la Historia Antigua desde que he visto cómo se escribe la Historia Moderna». Porque, en efecto, la señorita de Robles, obrando en este acaso como todos los historiadores desde Tácito a César Cantú, había dejado volar un poquito la fantasía, y contado, más que la historia real, la que ella hubiera querido vivir.

Las variaciones no eran muchas. No vivía en Málaga, sino en Sevilla; su padre no era abogado, sino alguacil de uno de los Juzgados; no-

vio formal no había tenido ninguno, aunque sí una larga ristra de pretendientes, porque en aquella época la chiquilla era un primor; y el episodio de su venida a Madrid se había desarrollado de la siguiente manera, digna de un madrigal: por las ferias de Abril había ido a la ciudad de la Giralda la célebre *Jerezana*, dueña del prostíbulo de más postín de Madrid; la famosa celestina iba por atún y a ver al duque; es decir, a divertirse lo que pudiera en el Prado de San Sebastián, y a traerse a Madrid cuatro mujeres jóvenes y guapas que sirvieran para refrescar la plantilla de sus pupilas.

Todos los años hacía un viaje igual la noble dama; era algo así como una recluta para remozar los

cuadros y cubrir las bajas de las que se habían echado a perder o habían salido comprometidas. En este año pasaba una mañana por la plaza del Salvador, y en la cola formada para coger agua de una fuente vió una muchacha alta, bien construída, con unos ojazos y un pelo negro azabache, que tenía un marcado sabor moro. Era Leticia, que entonces no se llamaba más que Gregoria.

Seguramente se trataba, por el aire, de una persona decente; pero como la *Jerezana*, amaestrada por una desgarradora experiencia, acostumbraba reclutar sus huestes en todos los campos humanos, fué siguiendo a la muchacha hasta su casa, que estaba allí a la vera, como dicen en el país.

El pretexto para hablar con la madre lo halló bien pronto; tardó una semana en convencerla, pero, al fin, uno de los primeros días de Mayo salieron para Madrid, en el expreso, la *Jerezana* y Leticia, que desde hacia unas horas se llamaba así, e iba vestida de señorita, con bastante buen gusto por cierto.

No se trataba de una venta; la alcahueta protestaba sólo ante la idea. Y bien claro se lo había dicho a la madre:

—Su hija de usted es de usted, y de nadie más. Cuando quiera verla o necesite algo de ella, ya sabe dónde está.

Y, sin duda para que se consolase de la ausencia, le dió un billete de mil pesetas, primero

que la buena mujer veía en su vida.

Esos doscientos duros y lo que se gastó en vestirla y en el viaje, fué en rigor lo que le había costado la adquisición de la muchacha. Al mes de estar de pupila en su casa de la calle de las Infantas, ya Leticia había pagado al ama la deuda con creces.

Durante los tres años que estuvo allí la muchacha vino a salir a unos tres revuelcos diarios. Medio Madrid masculino desfiló por sus brazos, y no había hortera con algún dinero de sobra, ni jugador a quien se le hubiera dado bien la noche, que no acudiera a terminarla en casa de la *Jerezana* y en la alcoba de Leticia.

Tuvo muy buenos amigos, gente

de rumbo y generosa que al pagar multiplicaba por dos o por tres los cinco duritos del arancel y guardaban para la niña mimada de la casa todas sus atenciones. A todos ellos, cuando luego la niña subió y fué ganando en postín, les volvia rabiosamente la espalda al encontrarlos en teatros y paseos; eran como notarios molestos que pudieran dar fe de sus miserias pasadas. Ella hubiera tenido una gran satisfacción si todos se hubieran muerto de un golpe.

La casa de la *Jerezana* tenía buena sombra para las mujeres: la mitad de las golfas de coche y piso propio habían pasado por ella, y en Leticia cumplióse, una vez más, el buen augurio de la casa. No tenía

apenas más que diez y ocho años cuando un comisionista catalán, que acababa de establecerse en Madrid y quería celebrar el buen éxito de sus negocios normalizando un poco su vida, la sacó de la casa y la puso un pisito modesto en la calle de Belén; a los seis meses el hombre liquidó sus negocios para marcharse a América, y liquidó también a la querida.

Leticia pasó de uno a otro amante con suerte diversa, y en una mala época que se le puso el santo de espaldas y que duró más de un año, hasta pensó en volver al dominio de la *Jerezana*, confesando con hechos su derrota. Se salvó en una tabla, y la tabla fué un primo de Fabio, que la cogió al principio del verano y la

paseó por todo el Norte, como quien pasea un automóvil nuevo. Cansóse muy pronto, y entonces fué cuando Fabio se hizo cargo de ella, subiéndola de golpe al rango de *cocotte* de postín.

Como ve el lector, salvo estas pequeñas diferenciaciones, el relato que Leticia había hecho a Daniel era verdad. Por lo menos él constituía la verdad oficial, y el enamorado no tuvo inconveniente en creerla.

Cuando terminó la narración se había hecho de noche, y muy pegados los dos a los cristales del balcón miraban la obscuridad de la calle, que, sin comercios por aquella parte, sólo se aclaraba con un resplandor fugitivo el paso de los tranvías.

Quiso ella dar luz, pero Daniel se lo impidió:

—No, espera; mejor estamos así.

Le había pasado un brazo por la cintura, y le decía al oído unas cosas muy raras, que ella no sabía contestar. Eran frases sueltas, de una lujuria melancólica, de un apasionamiento enfermizo, como el de aquel cielo del crepúsculo que moría allí frente a sus ojos. El la quería, y la quería acaso porque presentía su historia, porque adivinaba en ella una cadena muy larga de amarguras. Tal vez si se hubiese tratado de una mujer... de las otras, de las que la gente llama honradas, habría pasado por su lado sin dejar más impresión que la momentánea y epidérmica que deja siempre la belleza.

Daniel era sincero, mucho más de lo que él mismo se creía; porque era la corrupción, ese no sé qué de podrido que hay en estas hijas del Amor—como lo hay en el queso de Rochefort, en las ostras, en algunas marcas del *champagne,* y perdonen estos sabrosos artículos la comparación—, lo que le había atraído en ella, lo que le atraía en todas, porque en realidad era a todas las del gremio a quien amaba en la personificación adorable de Leticia.

Y luego, la Literatura... Es incalculable lo que esta sirena ha puesto en la figura de ciertas mujeres, desde aquella pecadora Magdalena, que detuvo por un instante la marcha de Jesús hacia el Calvario, hasta la última trotacalles, que pre-

sume de sacar incólume el corazón de todas sus batallas entre sábanas.

¡Era tan airosa la figura del hombre amado de verdad por una de estas mujeres...! Como ellas son, en realidad, las únicas que pueden elegir, entre ciento, el elegido resulta así como sublimado—y en esto de sublimado no hay la menor alusión farmacéutica—como realzado sobre los demás.

—Anda..., anda...

Le decía el muchacho entre frase y frase, queriendo llevarla al fondo de la habitación.

—Anda..., anda... ¡Sé buena conmigo!

No le decía dónde quería que anduviese, pero no hacía falta. Ella

seguía muda, hierática, como si en rigor se hubiese entregado ya.

Y, en efecto, poco a poco, con pasitos menudos hacia atrás, y apoyada en los brazos de él para no caerse, iba andando la golfa. Sentíase desfallecida, como sin fuerzas para representar la comedia de siempre en estos casos, cuando se tumbaba pensando en las cuentas que pagaría con el producto de aquel tumbo. Y al mismo tiempo tenía miedo, un miedo angustioso á la desilusión, un temor al desengaño si no encontraba en el fondo de aquella entrega toda la grandeza que apetecía.

Le gustaba el muchacho, pero, ¿le seguiría gustando... a la hora de entrar a matar? Ya le había ocurrido eso con algunos hombres; pero

ahora lo lamentaría más, por adivinar en él una fe y una sinceridad que no había visto en los otros.

Todo esto lo pensó en un minuto, que fué lo que tardó en darse cuenta de que el borde de la cama le rozaba en las corvas, y una presión del muchacho la hacía caer en el lecho boca al cielo...

Fué todo como una seda. Pero Daniel, después de haber sido durante tres segundos el ser más feliz de la creación, quedóse absorto al principio, y después aterrorizado, al ver que Leticia, dejando de agitarse entre sus brazos, quedaba inmóvil, sin que se le notase apenas la respiración, y yerta, con una frialdad de acabamiento. Como un relámpago corrió por la mente del jo-

ven la idea de que aquella individua se le hubiese quedado muerta entre los brazos. De todos los finales de su aventura era éste el único que no se le había ocurrido.

Pero no; Leticia se agitaba de vez en cuando y exhalaba unos gruñidos broncos, como si la martirizasen. Después volvía a caer en el vacío.

Media hora después despertó como de un sueño. Tuvo que ir haciendo esfuerzos mentales para ir recordando gradualmente lo ocurrido. Al ver el espanto del muchacho se apresuró a tranquilizarle, mientras se lo comía a besos, como para darle las gracias.

—No te asustes... Siempre me pasa lo mismo: me quedo así como muerta.

¡¡Siempre!! Daniel asombróse mucho más ahora que antes. ¡Siempre!

Era como si un albañil, acostumbrado a pasar la vida en lo alto de un andamio, notase cada día, al subir a él, el vértigo de las alturas.

El pobre Manolo tardó muy poco en enterarse de todo.

Lo que le puso sobre la pista fué que casi siempre que llegaba a casa de Leticia, donde hasta entonces había entrado como en la suya propia, le saliese la doncella al encuentro con la misma frase:

—La señorita no está.

Y no era eso sólo. Antes, cuando se daba ese caso, Manolo pasaba, y jugando con Santitos, o simplemente fumando cigarrillos en una butaca del gabinete, esperaba el regreso de su amiga con la calma del hombre que lo tiene todo hecho en este mundo.

Ahora, en cambio, si intentaba pasar, Eladia, como quien cumple un encargo penoso, le atajaba:

—Ha dejado dicho que vendrá muy tarde, y que vuelva usted mañana a esta misma hora.

Y un dia decidió espiar. El hueco de la puerta de un garage que había en la acera de enfrente le sirvió a maravilla. Llegó a casa de Leticia, y Eladia le salió con la canción de siempre:

—La señorita no está. Ha dicho que volverá muy tarde y que haga usted el favor de venir mañana a esta misma hora.

—Bueno, bueno. Recuerdos.

Bajó las escaleras. Salió a la calle, dobló la esquina para disimular, y, dando la vuelta a la manzana, apa-

reció por el extremo opuesto y se instaló en la puerta del garage, procurando confundirse con el muro. La espera no fué corta. A las siete, las sombras de la noche vinieron a prestarle ayuda, pues para verle habría hecho falta estar encima de él. En cambio, gracias a la potente luz del portal, se distinguía perfectamente al que entrase o saliese de casa de su amiga.

¿Quién sería? Retamares no estaba en Madrid; y si es que Leticia se había buscado un sustituto durante la ausencia del querido, ¿cómo no se lo había dicho a él? Otros secretos mayores le había confiado. ¿Por qué le ocultaba este trapicheo de ahora?

Vió entrar y salir hasta seis o siete personas, vecinos todos, o gente

habitual de los otros pisos de la casa, a quienes Manolo se sabía de memoria en fuerza de tropezárselos en las escaleras.

A las ocho y media salió Daniel y cruzó rápido la calle. El espía notó que en su cerebro se aclaraba de repente el misterio. Recordaba haber visto a aquel mequetrefe, al venir él por las tardes, parado en la acera de enfrente, como un farol. Nunca pensó que estuviese allí por Leticia.

Por lo visto, así era. Si alguna duda le quedaba, ahora se le desvaneció del todo, porque el polluelo, ganando la acera, se volvió a mirar a los balcones, como en una romántica despedida. Y, en efecto: en el que correspondía a la alcoba de Leticia se vió una silueta de mujer y

una mano que se agitaba, como diciendo: ¡adiós! El otro hizo lo mismo. Siguió la calle, y aún se volvió tres o cuatro veces antes de perder la casa de vista.

A Manolo siempre le había parecido Otello un personaje anacrónico. Para él un hombre celoso era algo tan fuera de época y de ambiente como lo sería el señor que saliese a la calle en silla de manos. Pero lo de ahora resultaba un poco grave.

La curiosidad solamente le había tenido dos horas de acecho; quería saber... por saber, creyendo siempre que el sustituto provisional de Retamares sería uno de tantos de la inmensa lista de cabritos que Leticia llevaría al valle de Josafat.

Pero no; el pelaje, la misma edad y ese no sé qué de las personas, que establece al momento diferencias, decían muy claro que aquel pollo recién salido de casa de su amiga no había dejado en ella ni una peseta.

Con tal de que no se hubiera llevado algunas... Aunque no lo creía; Leticia defendía siempre su dinero con tesón, y para sacarle una peseta, no siendo para moños y trapos, había que amarrarla.

De todas maneras, la cosa era grave. Desde luego, en todo el tiempo que él la conocía era la primera vez que se le había planteado un problema así. ¡Las mujeres! Si aquella golfa quería chulear un poco y darse cuenta del sabor de las cari-

ćias cuando no hay dinero por medio, ¿no le tenía a él allí? Y nunca como ahora vió tan claro el papel de mueble inútil que él representaba en aquella casa.

Puesto que ya el pájaro había volado, Leticia no tendría inconveniente en dejarle pasar; lo importante era no estorbar, y ya no estorbaba.

Subió, y antes de que la doncella hablase, la dijo:

—Anda, no te molestes: ya sé que está. Dila que estoy aquí.

Y pasó decidido, aunque con mucha calma. En realidad, no estaba indignado, sino más bien un poco... abollado.

Se metió en el gabinete y oyó los pasos de ella en la alcoba inmediata.

Tosió fuerte para avisar que estaba allí.

—¡Hola!—fué todo lo que le dijo Leticia al entrar.

—¿Qué? ¿Estás muy ocupada?

Como lo dijo riendo y con cierto tono de chunga, la otra se escamó.

—¿Por qué?

—No, por nada. Ya he visto salir a ese.

Su táctica con Manolo era no darse nunca por enterada de sus leves reproches: no quería concederle beligerancia más que como amigo, en el más puro sentido de la palabra. Y así, no oía nunca sus quejas ni sus consejos.

Sin embargo, ahora le chocó que se hubiera enterado tan pronto.

—¿A ese?... ¿A quién?

—Ya lo sabes. Me he cruzado con él por la calle.

Negarlo sería faltar a la táctica. Con su hermosa libertad, gracias a la cual sólo a Retamares tenía que dar cuenta de su conducta, hubiera resultado ridículo defenderse ahora con negativas. Afectando una gran indiferencia, replicó:

—¡Ah! Sí; es un amigo. Ha estado aquí un rato.

—¡Ya lo creo! Un rato largo; sus buenas dos horas.

—No sé; no he mirado el reloj. Y tú, ¿cómo lo sabes?

Manolo no contestó. Quedóse mirando a su amiga con una gran melancolía, y acercándose a ella quejumbroso y llorón, como en sus primeras entrevistas, le dijo:

—Leticia, ¡por Dios!, ¿para qué haces eso? Ya sabes que yo te quiero bien; te quiero desde hace mucho tiempo, no como ese mocoso, que te ha conocido hace tres días y se ha encalabrinado como lo que es: como un choto. Tú eres una mujer de talento, no has sido nunca una loca. ¿Cómo no ves que ese pollastre irá ahora por ahí envaneciéndose ante sus amigos de su entrada en esta casa, de los favores que tú le prodigas y de los que él invente? ¿Es que no conoces aún a los hombres? ¿No sabes que todos son iguales?

—Pero, ¿qué dices, hombre? ¿A qué viene todo eso?

—A qué viene... A qué viene... Demasiado sabes a qué viene. Pero hay una cosa que se te ha olvidado en

esta ocasión: ya ves que yo soy hombre, y, por instinto, no debiera hablar así; pero la verdad es la verdad: la mayoría, la casi totalidad de los hombres que se acercan a una mujer como tú, lo hacen para que los demás se enteren de su triunfo. Sólo se puede creer en la sinceridad de su cariño cuando, como yo, sufren en silencio días y días, resignados con la esperanza de una remota recompensa que acaso no llegue nunca.

—Chico, estás hoy muy charlatán. Anda, vamos a comer, que es ya muy tarde.

—Come tú; yo no tengo ganas.

—¡Ay, por Dios, no te enfades, hombre, que no quiero ver a mi lado caras de mal humor!

—Tú estás muy contenta, ¿verdad?

—Y si lo estoy, debes estarlo tú. Sabes que te quiero, que eres mi mejor amigo, el único de verdad. ¿Qué más quieres?

—Todo eso, dicho en este momento, parece una burla.

—No sé por qué.

—Y luego no piensas en nada. Si Perico se entera, ¿crees que le haría gracia? ¿Y crees que faltará quien se lo cuente? Es que ahora que tienes un hijo ¿vas a jugarte tu porvenir y el suyo por ese desconocido? Conmigo has sido siempre más sensata.

El, en cambio, había renunciado ahora a toda sensatez, porque abrazando a Leticia por la espalda, la tenía sujeta contra su cuerpo, como temiendo que se le escapase. Y,

como el otro hacía un momento, hasta con el mismo tono de voz, iba intercalando entre frase y frase la misma palabra, que era a la vez una invitación y una súplica:

—Anda..., anda... Sé buena conmigo...

Unicamente añadía como último argumento:

—¿Te parece que no he esperado bastante?

Leticia sintió que la escena se reproducía. Lo que Manolo acaba de decirle era verdad; Daniel acaso no fuese más que un saltador de lechos, para luego contar a sus amigos, con detalles, el resultado de la lucha; Retamares podía enterarse y cortar por lo sano... ¡Sin embargo!...

Una gran piedad hacia aquel infe-

liz Manolo la invadió de repente. Tal vez fuese más digno que el otro de recibir sus caricias, y, sobre todo, ¿es que había incompatibilidad entre los dos? Nunca como ahora se había dado cuenta de lo fácil que es para una mujer hacer feliz a un hombre, aunque sea momentáneamente.

Si se entregaba al otro por cariño, ¿no podría hacerlo a éste por piedad? Así, por caminos distintos, se llegaria al mismo fin; otra cosa era imposible, pues Manolo, hasta ahora, no había sabido inspirarla amor... o eso que las mujeres llaman así.

El joven seguia apretando el cerco moral y materialmente.

—Anda..., anda...¿No te da pena?...

Sí, era la misma escena de antes.

¿Por qué no repetirla, como los cantantes cuando les aplauden mucho? Sus carnes vibraban aún con el deseo que Daniel, al menos por hoy, no había acertado a satisfacer del todo; cerrando los ojos y dejando volar un poco la imaginación, podía figurarse de un modo perfecto que era su novio el que volvía a tener entre los brazos.

—Anda..., anda...

Y fué.

Ya había caído en la cama; ya Manolo, creyendo que soñaba, iba a demostrar a su amiga que entre hombre y hombre no hay mucha diferencia, cuando en el pasillo de la casa se oyó la voz angustiosa de Eladia, que venía en busca de su ama.

—Señorita..., señorita... Venga usted corriendo... La señorita Rosalía se ha puesto mala.

De un salto se había incorporado Leticia y apartado bruscamente a Manolo.

—¡Ay! ¿Qué es?

Y salió como una loca, arreglándose precipitadamente el peinado.

Manolo fué tras ella. En el fondo de la casa, hacia la cocina, se oía como un llanto sordo, y ese trajín que producen varias personas cuando tratan de ayudar a otra en un lance inesperado.

—Pero, ¿qué es, mujer?—preguntaba Leticia mientras corría por el pasillo.

—Que le ha dado así como un ataque.

En efecto; tendida en el suelo, en el centro de la cocina, estaba la escuálida Rosalía, que ahora, muy amarilla e inerte, parecía un fideo caído de un paquete.

No era cosa mayor: un disgusto con un pseudonovio, al que se había encontrado en el portal al volver de la calle. Con un poco de éter y unos trastazos en las mejillas que la hermana le propinó, volvió a la vida en medio de unos hipos convulsivos.

Al cuarto de hora todo estaba en orden en la casa, como si nada hubiera pasado.

Es decir, había pasado eso: un cuarto de hora. Y como, según el dicho vulgar, las mujeres se entregan a merced de uno de ellos, Mano-

lo vió cómo sus deseos se esfumaban una vez más, a punto de realizarse.

Despidióse de mala gana, se marchó a la calle y fué a terminar la noche en una casa de la Travesía de San Mateo.

Por lo visto, la fatalidad se había propuesto que *aquello* no ocurriese. La primera vez el llanto de Santitos, ahora el ataque de Rosalía. Para hacer suya a aquella mujer iba a tener que llevársela lejos de la familia, a una isla desierta.

A Leticia y Daniel les había durado doce días la luna de miel. Esto, aunque parece un verso un poco largo, no lo es.

En realidad era de las lunas más largas que se conocen, ya se trate de esposos o de amantes. Durante ella, sin hipérbole, podía asegurarse que habían vivido el uno para el otro; el muchacho estaba en esa situación de alegría incrédula del que ve realizarse un sueño que le ha obsesionado durante mucho tiempo. Creía en el amor de Leticia como se cree en lo que se ve y se toca. No era, pues, sólo cosa de novela eso de

que una mujer de la clase de piculinas se enamore sinceramente de un hombre después de haber conocido a muchos.

En cuanto a ella, había pasado aquellos días como sin darse cuenta, abstraída en un mundo nuevo de sensaciones desconocidas. En realidad podían decir que habían vivido el uno para el otro; no había en ellos un pensamiento que no fuera para su amor, ni ocupación de más importancia que la de estar juntos el mayor número de horas posible.

Aprovechando la ausencia de Retamares, redujo su cuerpo a una castidad que sólo se alteraba entre los abrazos de Daniel; no salía apenas de casa, y aun en ella, las visitas de Manolo fué espaciándolas ca-

da vez más. Quería vivir sólo para él, atacada también de un mal agudo del corazón que la hacía olvidarse de lo que era.

Las dudas que por un momento había hecho nacer en ella Manolo pocas noches antes, se habían desvanecido solas. Daniel era una persona decente, y además la quería con toda la vehemencia nerviosa y un poco torpe del que ama por primera vez.

Esto último era lo que más la halagaba; porque no podía dudarlo: para el muchacho ella había sido la iniciadora en el mundo nuevo, donde se entra lleno de fe pero con paso vacilante. Y aún no había llegado a preguntarse cuánto iba a durar aquello. Lo mismo él que ella creían

tener por delante una eternidad. ¿Por qué había de terminar nunca lo que tan felizmente comenzara?

En la tarde del día décimotercero, y cuando ella, detrás del balcón de la alcoba, esperaba la llegada de Daniel, entró Eladia con un telefonema. Era de Perico, desde Córdoba, y no decía más que la estupidez siguiente:

— «Llegaré mañana. — Retamares.»

El viaje había durado seis días más de lo proyectado; Leticia no ignoraba que tenía que volver alguna vez el viajero, y sin embargo, este regreso que caía como una piedra en el lago sereno de sus días, la puso de repente de un humor horrible.

En la exageración a que era tan

propensa su fantasía, parecióle que ya todo iba a acabarse para siempre, y aquel par de horas diarias que Perico la consagraba eran bastante a envenenarle el resto del día.

Por primera vez Daniel, desde que la conocía, la encontró de mal humor; y con esa injusticia patológica a que son tan propensas la mayoría de las mujeres, Leticia, cuando se disgustaba por algo, hacía partícipe de su disgusto a todo el que se le acercaba.

El joven notó que al entrar, lejos de acoger sus caricias con la efusión gatuna de siempre, apenas le contestó, y como él, extrañado, insistiera, hizo un mohín de franco disgusto y acabó por rechazarle, diciéndole:

—¡Ay, hijo, por Dios, déjame!

Se quedó de una pieza, y con la voz velada por el asombro, le dijo:

—¿Qué te pasa?

—A mí nada... ¿Qué quieres que me pase?

Lo dijo como quien quiere lanzar un insulto con una frase indiferente, poniendo toda la hiel en el tono y en el gesto.

En realidad era otra mujer distinta a la Leticia que Daniel había conocido hasta ahora; una mujer que en nada se parecía a la que le había enamorado vista de lejos en los paseos y en los teatros, con aquel matiz de tristeza tan simpática en el rostro, y aquella dulzura de miel en los ojos. Y muy distinta hasta llegar a ser opuesta, a la que más tarde

había conocido en la intimidad de aquella alcoba, entregándose sin reservas en cuerpo y en alma, perdonando con una sonrisa de bondad cualquier inconsciente torpeza de él, como si quisiera hacerse perdonar a fuerza de halagos la miseria de aquel cuerpo que le ofrecía, después de haber sido manoseado por todos.

El contraste era tan brusco, tan inesperado; fueron tantas las ilusiones que de un golpe se derrumbaron en el corazón del muchacho, novato en esto de las coces femeninas, que quedó anonadado en el espacio de unos segundos, e invadido de repente por ese cansancio, psíquico más que material, que dejan tras sí las discusiones muy violentas.

Como aún no tenía la experiencia suficiente para saber que estas crisis femeninas no tienen más terapéutica que la fuga o la estaca, dejóse caer en una silla, renunciando a hacer más preguntas.

En la estancia, callados y quietos los dos, no se oía más que la respiración un poco agitada de la golfa, que de vez en cuando hacía gestos como para quitarse del pecho un peso imaginario.

Una idea vino a la mente de Daniel, que casi se había quedado vacío de ellas: él había oído decir a su hermano que la mayoría de las mujeres, al llegar todos los meses a esa lucha con su propia naturaleza, que, a diferencia de otras luchas incruentas, no acaba nunca sin san-

gre, sufren tremendas crisis de malhumor, de verdadera antropofobia, y durante ellas, al hombre que está a su lado no le queda más recurso que convertirse en mártir, hasta que pase la inundación, o tomar a broma todos sus episodios, si es que tiene suficiente fuerza de espíritu para ello. A veces, en las casas públicas, las pupilas, al llegar a ese trance mensual, son retiradas provisoriamente del comercio con la parroquia; ello ocurre no ya como cree el vulgo, para que no mancillen la ropa interior de sus amantes de una hora con la púrpura de sus duelos interiores, sino para evitar que el buen parroquiano que ha dado su dinero para pasar un rato de solaz se encuentre encerrado en una ha-

bitación con una perrita hidrófoba.

¿Sería ésta la causa del estado actual de Leticia?... Daniel, de muy buena gana, hubiera formulado la pregunta, pero se contuvo al pensar que acaso la respuesta no fuera todo lo amable que él la soñara.

De pronto Leticia se levantó y abandonó la estancia sin decir palabra. Unos minutos después, Eladia entró, y muy azorada, le dijo:

—De parte de la señorita que la dispense usted por hoy, pero que no se encuentra bien.

Aquello quería decir que debía marcharse a la calle.

Y atontado, avergonzado también ante la muchacha, salió al vestíbu-

lo sin saber qué decir ni casi qué pensar.

En su espíritu, sobre toda otra sensación, flotaba una invencible de asco.

Al día siguiente, cuando salió al comedor, donde ya le esperaba su hermano para almorzar, la criada le entregó una carta.

No conocía la letra del sobre y la abrió con toda tranquilidad. Era de Leticia, y decía esto:

—«Daniel: ya beo que heres un sinberguenza. Yo me he equivocado al creerte una persona desente, pero aun es tiempo de deshacer la equivocación. Donde has pasado la noche de ayer puedes pasar otras. No buelbas por casa, pues tienen orden de no abrirte la puerta. Adiós; hasta nunca.—Leticia.»

Sobre todo el tumulto de rabias y deseos que la lectura produjo en el joven, había una necesidad imperiosa de demostrar a aquella loca que lo que decía en su carta no era verdad. O la habían engañado, o aquello no era más que un pretexto para romper—de modo bien cruel por cierto—el encanto de unos amores que él creyó la razón de toda su vida en lo sucesivo.

Porque la noche anterior la había él pasado solito en su cama, donde se metió, por cierto, antes de las nueve; ni humor le había quedado para salir con su hermano al café o al teatro, como otras veces.

Debió pintársele en la cara el efecto de aquellas líneas, porque el hermano, que, aunque no mucho mayor

que él, le trataba siempre como un padre tolerante, le dijo:

—¿Puedo yo leer esa carta?

Daniel, con un gesto de supremo desaliento, se la dejó caer sobre la mesa del comedor.

—Sí, hombre; mira qué infamia.

Desde el principio estaba al corriente de la aventura del pequeño. No le había parecido mal ni bien, pues en estas cuestiones del amor era partidario de comprar rábanos siempre que pasasen, aunque sin entusiasmarse demasiado con la compra. Leyó la carta, y se limitó a decir, torciendo la cabeza:

—¡Vaya por Dios!

—¿Qué te parece?

—Nada, hombre; eso no tiene im-

portancia. ¿Es el primer disgusto que tenéis?

—¡Claro!

—Bueno. Ya comprenderás que alguno habría de ser el primero.

—Sí, pero es que, como sabes, eso que dice ahí es mentira.

—Es igual; te proporcionará el mismo disgusto que si fuera verdad. Para las mujeres—y perdona esta distinción filosófica—no existe la verdad objetiva: no hay más que la subjetiva, la que a ellas se les mete en la cabezota, aunque sea una idiotez.

—¿Tú qué crees, que la habrán contando algún chisme?

—Puede ser, pero no hace falta. Basta con que ella solita lo haya soñado.

Daniel no almorzó; después de estar un largo rato silencioso, echóse a llorar, y el hermano tuvo que consolarle como a un nene al que le acaban de romper su mejor juguete. Salieron juntos a la calle y... a las seis—su hora de siempre—Daniel separóse de su hermano y se plantó en casa de Leticia.

Tuvo que llamar dos veces, y Eladia le abrió la puerta para decirle:

—La señorita no está.

—Sí está. Dígala usted que sólo quiero decirla una palabra.

—Que no está, señorito, de verdad...

Parecía sincera; Daniel no sabía si creerla o no, y, en la duda, tampoco sabía qué hacer. Al pie de la

escalera oyó una voz dando las buenas tardes a la portera; juraría que era la suya. Se asomó, y, en efecto, era Leticia que acababa de dejar el coche a la puerta, y entraba en aquel momento en el ascensor. No le había engañado Eladia.

La esperaron en el rellano: la doncella, firme en la puerta, para que la señorita viera que había cumplido la consigna de no dejarlo entrar; Daniel porque esperaba que al menos allí, casi a la vista de los vecinos, no se atrevería a hacerle una escenita como la del día anterior.

La golfa le vió aun antes de salir del ascensor. Se hubiera dicho que esperaba encontrárselo, pues no hizo el menor gesto de asombro. Unicamente para marcar bien las

distancias delante de la muchacha, le dijo:

—¡Ah! ¿Está *usted* aquí?...

Y como él no respondiera, entró en la casa y se volvió para decirle:

—Pase... ¿Porque supongo que no querrá usted quedarse en la escalera?

La obedeció maquinalmente. Le recibió como a visita de cumplido; y para que no se hiciese ilusiones, túvole un rato largo aguardando en el salón mientras ella se mudaba de ropa.

Cuando entró por fin, el joven fué a ella iniciando un sollozo.

—¡Leticia!

Pero ante su frialdad, un poco grotesca, cortó de repente toda expansión.

—Te he recibido porque no he querido dar un escándalo en la escalera y delante de la muchacha; pero ahora mismo me vas a hacer el favor de marcharte.

Esta vez no la obedeció. Quiso hacer un alarde de dominio; al fin, era el macho y debía imponerse.

—Bueno; pero todo eso, ¿por qué?

—¿No has recibido una carta mía?

—Claro que sí; la traigo aquí para que me expliques, para que me digas ahora mismo...

—¡Ah! ¿Soy yo la que tiene que explicar?

—¡Naturalmente! Lo que en ella supones es una infamia, una mentira. Yo no me he movido anoche de mi casa.

Ella se echó a reir de un modo

antipático, con una risa fría y desgarrada que revelaba el estado anormal de sus pobres nervios. El rostro mismo se le transfiguraba, como si una careta enfermiza abultase sus facciones.

—Eres tú muy poca cosa para torearme a mí, ¿lo entiendes? No te molestes en negar; no me lo ha contado nadie; te vi yo misma.

Si Daniel se hubiera parado a reflexionar, hubiera comprendido que aquella mujer no era responsable de lo que decía; en lugar de eso, incurriendo en un error muy común aun entre hombres corridos y experimentados, empezó a discutir con ella, queriendo convencerla de que mentía.

Era como si un caballero enviase

sus padrinos a un asesino: las armas serían siempre desiguales.

—Pero ¡qué has de ver, criatura, qué has de ver! Sin duda tratas de volverme loco. Yo no salí de casa; te han engañado, te han contado un chisme, Dios sabe con qué intención...

—¡Engañarme! Sería la primera vez.

—Pues mira: por lo menos dime quién ha sido el hijo de mala madre que te ha contado ese infundio. Pónmelo delante, y á ver si en mi cara se atreve a repetir su mentira.

Se exaltaba, se enfurecía; daba en el suelo unas patadas muy fuertes, y tenía el cuello hinchado y los ojos muy brillantes. Y lo que más le indignaba, lo que llevaba su fu-

ror al paroxismo, era ver la tranquilidad de ella, su risita de hielo, como si estuviese gozando con su rabia.

Por primera vez corrió por su cerebro una idea: Leticia era una mala mujer, una bestia de cerebro obtuso, que disfrutaba martirizando a los hombres, como para vengarse así de toda la humillación de su vida. Y como si le adivinase el pensamiento, vino a confirmar la idea con sus palabras.

—Yo tengo mucho amor propio. ¿lo entiendes? No son celos, no es cariño; te juro que no te he querido nunca; que se me muera mi hijo si miento. Es orgullo, es mi dignidad de mujer, solicitada por todos, la que no puede consentir que un

mocoso como tú me tome el pelo.

—Está bien; pero dime quién te lo ha dicho... Pónmelo delante...

La golfa tomó de pronto una resolución; púsose delante del chico, alzó la cabeza como para lanzar un reto, y le dijo:

—¿De veras? ¿Quieres que te lo diga en tu cara quien me lo ha dicho a mí?

Daniel dió un aullido para decir:

—¡¡Sí!!

—Bueno, pues espera aquí un momento; te aseguro que vas a quedar bien servido.

Y salió.

El muchacho dejóse caer en una silla. No podía más; estaba extenuado, como si hubiese hecho un esfuerzo corporal de varias horas; el

pulso, la respiración, todo en su cuerpo parecía haber emprendido una carrera desenfrenada, como si se le hubieran roto todos los resortes.

¡Las mujeres! Sin haberlas visto hasta entonces más que de lejos o en la fugaz intimidad de una alcoba a tanto la hora, nunca se las había imaginado así. Ofendían al hombre en lo más noble de su sér: en la razón, en la lógica, exasperándolo a fuerza de absurdos y de disparates, como si hubiesen descubierto su verdadero talón de Aquiles.

Pronto una idea de mayor interés vino a sobreponerse a las demás: Leticia iba a volver acompañada del infame calumniador o calumniadora. ¿Quién sería? Alguna persona

de la casa. Rosalía tal vez, ganosa de alejar de su hermana a un individuo que tan poca utilidad le reportaba... O acaso fuese un extraño, que estuviese ahora allí por casualidad; una de esas vendedoras alcahuetas que, envidiosas de la dicha ajena, no saben vivir sino destilando baba con que amargar las horas felices de los demás.

Pero el que fuera iba a venir, y bueno era prepararse; tal vez tuviera que dar un puñetazo como final de la discusión, y Daniel púsose en pie, como postura más ventajosa para la lucha.

La golfa le sorprendió dando grandes paseos por la estancia y haciendo en el aire grandes flexiones de brazos, como un campeón de

boxeo que aguarda la llegada a la pista de su rival.

Venía sola; en la mano derecha agitaba en el aire un paquete no muy grande, que Daniel no supo lo que era.

—Aquí está—dijo Leticia aproximándose a una mesita que había junto al balcón.

—¡Ah, vamos!—pensó el muchacho—. Se trata de una carta, un anónimo sin duda, que esta infeliz se ha creído como si fuera el Evangelio.

—Ven acá...; verás.

Se había sentado ya ante la mesa. Daniel al acercarse vió mejor. No era una carta, como él había supuesto: era un montón de ellas, una baraja, que su amiga se disponía a

extender en la mesa. ¿Qué quería decir aquello?... La miró con cierto miedo. ¿Se habría vuelto loca del todo aquella mujer y estaría él en peligro encerrado con ella a solas en una habitación?

La cosa le pareció tan incongruente con lo que habían hablado hacía unos minutos, que creyó hallarse en presencia de uno de esos procesos de disociación mental, en que los dos interlocutores de un diálogo parecen hablar idiomas distintos.

Una fila de cartas iba ya extendida sobre el tablero; señalando a una sota de oros que había caído la segunda, dijo Leticia:

—Mira, éste eres tú.

Daniel la miró, y se hubiera echa-

do a reir de no inspirarle repulsión y lástima a un tiempo el rostro de ella; era una cara descompuesta, febril, como esa de los morfinómanos contumaces cuando van entrando en su nirvana gracias a la droga bendita. Quiso aclarar, convencerse hasta dónde llegaba la fe bruta de aquella mujer en el hechizo mágico de una cábala de portera.

—Bueno; pero esto... ¿qué es?

Mientras echaba las cartas de la segunda fila, le contestaba:

—Esto es la verdad, hijo mio; toda la verdad. Las cartas no engañan nunca; yo he sabido siempre por ellas lo que me iba a ocurrir en la vida... Anoche te las eché tres veces. Verás... Mira... Tú con una mujer... con pasión... Aquí se atra-

viesa un hombre... Sin dinero... Vas a hacer un viaje...

Los naipes iban saliendo del montoncito de su mano izquierda, para caer sobre la mesa como fallos inexcusables del Destino. Y los cartoncitos, con sus colorines luminosos y brillantes, hablaban de oro unas veces con el amarillo, de sangre con el rojo, de esperanza con el verde... Nada en su desfile parecía arbitrario, sino más bien metódico y ordenado a un fin, como si un poder misterioso que no puede equivocarse fuera tirando de cada uno de ellos con el hilillo invisible de sus mandatos.

Por un momento, Daniel sintió el contagio del más allá; sí, en aquellas cartas, que a él de ordinario no

le habían parecido útiles más que para armar un tute o desgranar las sorpresas de una brisca, estaba todo: el pasado y el porvenir, la evocación y la profecía, la vida entera con sus dolores, sus desengaños, sus sombras, y sus alegrías también de cuando en cuando, para que sirvieran de contraste a todo lo demás.

Pero fué una ráfaga, un instante tan sólo; de pronto recordó lo que él había hecho la noche anterior, su castidad absoluta, aun de pensamiento, y sintió la necesidad de expresar de un modo material todo su desprecio por aquellos cartones que sólo decían mentiras.

Fué como una descarga, un arranque en el que casi no intervino su

voluntad, y sí sólo el desperezo violento del organismo; el joven asestó tan tremenda patada a la mesa, que el mueble—ya de suyo frágil—quedó dividido en dos: a un lado las patas fueron a parar casi a la puerta del gabinete, mientras el tablero, con toda la baraja encima, emprendió un vuelo por toda la habitación, yendo por fin a posarse encima de una escupidera.

Leticia lanzó un grito, que fué de susto y rabia a un tiempo. Era como el sabio que a punto de terminar en su laboratorio la confección de una fórmula, viera como le inutilizaban de un golpe todos sus trabajos.

Puesta de pie fué como una furia hacia su amante, que se había refugiado en un rincón no sabía por qué.

En el camino hasta llegar a él lanzóle a la cara un par de insultos que Daniel sólo había oído una vez en una riña de verduleras en la calle de la Ruda.

Leticia, transfigurada, como poseída repentinamente por el demonio, abrió la mano y la dejó caer sobre la mejilla derecha del mozo.

Lo que siguió fué algo muy bonito: la golfa sintióse cogida por el cuello, y zarandeada como si se lo fueran a separar del tronco; para defenderse clavó sus uñas en la cabeza de Daniel y tiró de sus pelos, como quien saca un corcho de una botella a fuerza de puños. No tardaron en caer los dos al suelo, unidos en un abrazo de rabia; en la caída les acompañó un pedestal que había

en el rincón manteniendo un gigantesco tibor, en el que lucían unos claveles.

Puede que fuera uno de los añicos del cacharro el que se clavó en la mejilla de ella, o acaso los dientes de él, que mordían sin saber dónde y queriendo saciar una rabia que los apretaba en frecuentes convulsiones. Mas lo cierto fué que Leticia notó que se le metía por la boca un líquido viscoso, y al llevarse la mano la retiró manchada de sangre.

Todo ello ocurrió en una tregua de la lucha; Daniel fijóse también, y vió a su amante tendida en el suelo y lloriqueando, como en los preludios de un ataque de nervios. Un desorden de muebles les rodeaba, y los pedacitos del tibor roto forma-

ban como un charco de agua helada junto a sus cuerpos, amenazándoles al menor movimiento con sus aristas puntiagudas. Los claveles, muy rojos, estaban también allí, casi entre los cabellos de la golfa, y la mancha de sangre de su rostro parecía un clavel más que hubiera tenido el capricho de caer allí en el fragor de la batalla.

El, por su parte, ya tenía bastante; fué a levantarse con ánimo de marcharse a la calle dando por terminada la... discusión, cuando sintió que una mano crispada, una verdadera garra, le atenazaba por los alrededores de la entrepierna. Fué un milagro que no dejase allí una buena parte de su virilidad; hizo un esfuerzo brutal para librarse de la

tenaza, y, dando un alarido espantoso, cayó de nuevo sobre el cuerpo de aquella fiera.

Reanudóse la batalla, y ahora con más violencia; todas las armas eran lícitas: el mordisco, la patada, el arañazo, el tirón de los pelos... Daniel tenía la ventaja de estar encima y poder así dominar con el peso de su cuerpo los espasmos epilépticos de aquella desgraciada. Pero, aun así, muchas veces tenía que echar mano de todo su poder, para dominarla nada más que a medias, evitando que Leticia, con una convulsión más fuerte, diera la vuelta y le cogiera debajo.

A veces se sentía alzado en vilo, como si la bestia en que cabalgaba arquease el lomo para deshacerse

de su carga. Y todo ello acompañado de un repertorio de frases y de insultos, que hubieran puesto bermejo a un plantío de arroz.

—¡Canalla! ¡Hijo de tal!... ¡De aquí no sales hasta que no te haya retorcido los... péndulos!... ¡Marica!

De pronto cesaron los floreos. El cuerpo de ella se distendía poco a poco en un desperezo voluptuoso. Se diría que sus golpes se hacían más blandos, más torpes, como un puño que alzado en alto para dar una bofetada se convirtiese en caricia al llegar a la faz. En la lucha, a él se le había descosido una manga, y ella tenía en la blusa un desgarrón oblicuo que la cogía todo el pecho. Por la abertura, como por

los bordes de una herida, salía una de las magnolias de los senos, apuntando a las estrellas.

Y fué su misma mano derecha la que cogió una de las del chico y la posó allí, sobre el vértice rosado del limón, como una cataplasma. Al mismo tiempo, y sin que supieran cómo, sus cuerpos fuéronse acoplando maravillosamente en postura de medallón griego... Y así, llegó un momento en que él no tuvo más que dar el impulso...

Ya no se martirizaban: eran unas caricias ávidas, pegajosas, que por caminos distintos a los de antes llegaban también a producir dolor, pero un dolor de deliquio místico, como de desvanecimiento en el fondo de una entrega mutua, que pare-

cía la última etapa de un largo suplicio.

Fué un placer enfermizo, prolongado así más que nunca por aquella excitación artificial, que, a él sobre todo, llegó a causarle miedo... Y ese miedo entró como un componente más en la totalidad del goce inaudito.

Quedaron tronchados, como vaciados por dentro. Ella, cuando pudo hablar, quiso confesárselo todo; nunca había llegado tan a lo hondo en el abismo del gozar. De todo lo anterior, de aquellas escenas repugnantes de burdel, no se acordaba, como si todo hubiera sido una preparación sádica para llegar a lo otro.

De pronto se levantó como si la hubiesen pinchado.

—Y ahora márchate. Perico va a llegar de un momento a otro. Ni sé cómo no está aquí ya; es su hora.

Se despidió con una lluvia de caricias, y le exigió que volviera aquella misma noche a las diez. Dormirían juntos.

Ya en la misma puerta, le dijo:

—¡Anda, malo! ¡Más que malo! ¡Si yo no te quisiera como te quiero!...

Eso quería decir que, *a pesar de todo*, no daba su brazo a torcer. Seguía creyendo que su novio la había engañado con otra mujer la noche antes, pero que ella, en un arranque supremo de hembra generosa, le perdonaba la infidelidad.

Ocurrió que Manolo y Daniel se hicieron amigos.

Fué del modo más sencillo del mundo: una tarde se encontraron en la misma puerta del piso, cuando Daniel llegaba y Manolo salía. El tropezón fué tan brusco, que no fué posible disimular; quedáronse un rato sin saber qué decir, hasta que Manolo se decidió.

—¿Viene usted a ver a Leticia?... Pues no entre usted; yo le explicaré...

Le chocaba al otro lo muy bajo que hablaba, pero se dejó llevar cuando Manolo, siempre en el mismo tono de voz, añadió:

—Vámonos a la calle; aquí estorbamos.

Bajaron la escalera en silencio, y sólo cuando ya estuvieron fuera de la casa se decidió a hablar.

—Es que está ahí dentro el otro: ya sabe usted... Retamares.

—¡Ah!

—Sí, ha venido cuando nadie lo esperaba, pues nunca viene a esta hora. Yo le traía a Leticia unas fruslerías que me encargó anoche que la comprara, y he tenido que volverme desde el recibimiento. ¡Es un fastidio! Con estas mujeres así no se está tranquilo nunca. Usted lleva aún poco tiempo, pero ya verá... Ya verá, cuando tenga que pasarse dos horas hecho un rollo dentro de un baúl.

Daniel no sabía qué actitud tomar ante este individuo que le hablaba con una repentina familiaridad de camarada, como si estuviera enterado de todo. Le conocía sólo de vista, pues le había visto entrar y salir en la casa alguna vez. Al preguntar a Leticia quién era, la golfa le había contestado siempre, como no dándole importancia:

—Es el novio de mi hermana.

Pero Manolo tenía el don de captarse en seguida la confianza de las gentes, y Daniel empezó a sentir la necesidad casi física de expansionarse con él.

—¿Hace mucho que conoce usted a Leticia?

—¡Uy! Un rato... ¡Es una pena!

Es una mujer muy simpática, pero está completamente loca.

—¿Cree usted?...

—No le quepa duda... Eso mismo que hace con usted un día sí y otro no, ¿puede hacerlo una mujer que esté en su sano juicio?

El muchacho se quedó absorto. Aquel individuo estaba enterado de todo; por lo visto era uno de esos falderos domésticos que escuchan detrás de las cortinas y de las puertas lo que pasa en el sagrado de las alcobas. Bien es verdad que para enterarse de los gritos de Leticia no era preciso escuchar con ahinco; los debía oir todo el barrio.

Porque la escena de la lucha greco-romana se había repetido muchas veces. En aquel mes de Junio

había llegado a ser casi diaria. La piculina, víctima de unos celos horribles, martirizaba a su amante con los más feroces insultos, enfureciéndole hasta lograr que la pegase, y entonces se abrazaban los dos en una pelea, al final de la cual venía siempre el mismo pasmo enfermizo, en una muda reconciliación de bestia cansada.

Daniel, cuya naturaleza joven no precisaba aún de estos excitantes, empezaba a encontrar todo esto fatigoso. Salía a diario de aquella casa como quien sale de la cárcel, y la fatiga aumentaba al ver que Leticia, fuera del momento fugaz de la entrega, sentía hacia él una repugnancia invencible que no se cuidaba mucho de disimular.

Inventaba mil cosas para molestarle. A veces lo tenía media hora aguardando en la escalera, negándose por la mirilla a abrirle la puerta; otras procuraba citarlo a una hora en que estuviera en casa Retamares, y lo hacía pasar al gabinete que precedía a la alcoba, para que oyera desde allí los relinchos de Perico...

Ya había pensado más de una vez en romper aquella cadena forjada con tanta miseria; en la tarde de hoy, el instinto le hizo echarse en brazos de Manolo, presintiendo que iba a hallar en sus palabras la energía que le hacía falta para decidirse.

—Sí que es una mujer...

—¡Pobre! Y no es ella sola: son

todas, o casi todas las de su gremio.

—¡Pues sí que está bueno el gremio!

—¡Ah! Lo conozco muy bien..., por mi desgracia. ¡Las cortesanas! ¡Las modernas sacerdotisas de Venus!... Lo que fué en Grecia un culto, una vocación que se perfeccionaba con el estudio, se ha convertido ahora en un oficio, en una carrera como las demás, en la cual se ingresa de dos maneras igualmente funestas: o por un desequilibrio vicioso del organismo—éstas son las menos—, o como resultas de una gran temporada de hambre amasado con el abandono. Fíjese usted que todas ellas, tan doradas y atractivas al exterior, parecen tener como un agravio que vengar de

los hombres, como un rencor que viene de lejos: el agravio del primero que las engañó abandonándolas después; el rencor de los días de hambre, que sólo se sació cuando se entregaron. Y luego, con ese precedente, la vida que llevan, sobre todo en sus primeros años: una vida rota, desequilibrada, de continuo desgaste de nervios, cortando el sueño para salir a una juerga o de visita con un amigo, comiendo a deshora y sin gana, por aquello de que hay que hacer gasto. Esto en lo físico; en lo moral, imposibilitadas de cultivar una ilusión, de abandonarse a un capricho; cambiando a diario de humor tres o cuatro veces... ¿Qué mucho que en ellas se desarrolle con ímpetu ese germen de histeria

que toda mujer lleva dentro? Sería un milagro lo contrario.

—¡Es verdad!

—¡Créame; usted es demasiado joven y acaso se burle de mis palabras, pero desgraciado del que tome en serio a una de estas mujeres. Para una hora, para un pasatiempo, son adorables y hasta necesarias; para vivir con ellas son odiosas. No es la Moral ni la Religión la que nos debe apartar de ellas, es, simplemente, el instinto de conservación.

—Ya ve usted, y, sin embargo, hay quien ha querido poetizarlas, idealizarlas. ¡Ese Dumas! ¡Esa *Dama de las Camelias!*

—No, perdone; yo creo que a Dumas se le calumnia. El novelista

tiene razón; lo que pasa es que sobre su obra, como ocurre siempre, ha puesto el vulgo muchas cosas. El pinta a Margarita como un caso de excepción, como una rareza, uno de esos tipos anormales que nacen con tres manos o un ojo en la frente, y cuya misma anormalidad les hace vivir muy poco. Bien claro lo dice en el prólogo de su libro. Y por muy pesimista que se sea no cabe negar que el tipo puede darse alguna vez. ¿Cuántas?... Esto es lo grave; si se pudiera hacer una estadística de estas cosas quedaríamos horrorizados; acaso una de cada diez o doce mil. Las demás, créame, basura, fango venido de muy abajo, campesinas, porteras, criadas... que conservan siempre el sello de lo que

fueron como un olorcillo que se escapa de entre las sedas de su ropas.

Daniel estaba maravillado; aquel individuo predicaba muy bien, parecía uno de estos personajes de comedia moderna que salen a escena a dar sanos consejos a todo el mundo, como si en todas las cuestiones hubieran llegado al fondo de las cosas.

Hablando, hablando, se habían subido por los altos del Hipódromo y estaban ya en pleno campo. La tarde, de fines de Junio, era una de esas tardes radiantes y calmas del principio de verano, en que sobre el azul nácar del cielo parecen tener un sentido más claro las cosas y las ideas.

Poniendo ahora el dedo en la lla-

ga, en la herida que aún sangraba en el corazón del muchacho, Manolo añadió:

—Hay quien no lo puede remediar y, engañándose a sí mismo, se enamora de una de estas desdichadas. Las ven un día muy tristes y muy lánguidas en un paseo o en un teatro, mirando con los ojos a lo alto, como ansiando un consuelo a su desolación. Y como la melancolía es siempre un signo de distinción espiritual, las creen muy espirituales. ¡Bah! Todo eso es traviatismo, poca vista. Si supieran que, en la mayor parte de los casos, esas murrias y esas tristezas son de origen gástrico!...

Y un día Daniel se decidió. Llevaba cuatro sin ver a Leticia, por no haberla encontrado nunca en casa, o porque ella se negaba; pero la noche antes una compañía de ópera veraniega puso en escena *La Traviata*, y el muchacho acudió a oir la partitura de Verdi.

Se la sabía de memoria, pero no la había oído desde hacía algunos años. Fué como si con un palo muy largo fueran removiendo los posos que ya estaban casi dormidos en su alma. Por encima de todo culminó en él la idea de que Leticia, como todas las del gremio, no era más

que eso: una desgraciada; y sus nervios, sus malditos nervios, que hacían difícil la estancia a su lado para todo hombre equilibrado, eran un componente más de esa desgracia.

Desde luego, ella no tenía la culpa. Se trataba de una enferma, de una víctima, y todo era lícito con ella, menos abandonarla a su propio mal.

Y de repente, perdonándolo todo, olvidando la suma de miserias y ruindades de aquellos últimos meses, formó el propósito de verla al día siguiente, de echarse a sus pies pidiéndola perdón... no sabía de qué, y dedicarse en adelante a curarla en fuerza de cariños y solicitudes.

Fué un ataque nuevo de mayor

virulencia que los demás, de aquella enfermedad que Manolo había bautizado con el nombre de traviatismo. Pero a Daniel ahora no le importaban las palabras; era como si de un salto hubiese vuelto a la confiada vehemencia del primer día, de aquella noche memorable en que habló con Leticia en el teatro de la Zarzuela. Después de todo, ella había hecho con él lo más que puede hacer una mujer de estas de cuerpo y alma profanados: entregársele sin interés material; darle gratis lo que a los demás cobraba siempre a buen precio.

Llegó, y Leticia le recibió en seguida. Hoy no había salido, y además estaba de un humor excelente.

Como después de uno de aquellos

arrechuchos lo primero que perdía era la memoria, no hizo la menor alusión al último, y claro que Daniel se guardó muy bien de recordárselo.

El joven, como si quisiera empezar en aquel instante una aventura nueva, la habló con el fuego de los primeros días; casi repitiendo las primeras palabras del antepalco, iniciando otra vez la conquista de lo que había sido ya suyo.

Ella le oía con extrañeza, y sonriendo complacida, se limitaba a decirle de cuando en cuando:

—Pero, cómo estás hoy...

De pronto, cual esas tormentas que descargan de improviso, sin dar tiempo a la gente a guarecerse en los portales, la cara de la golfa se

ensombreció como si hubiera caído en ella un velo de ceniza. Alzóse del asiento, y con una voz desgarrada de antipatía suprema, cortó la frase al muchacho, diciéndole:

—¡Bueno, déjame en paz!

Daniel se quedó frío; todos sus proyectos vinieron a tierra. Sin embargo, aún quiso probar.

—Pero ¿qué te pasa, mujer? ¿Por qué te pones así de pronto?

Ella se volvió mirándole, como si Daniel le hubiera dicho el más feroz de los insultos. Avanzó hacia una mesa que había en el centro del gabinete, y tomando de ella una bandeja de metal, la arrojó al rostro del joven como un disparo.

Pudo evitar el golpe, pero el chisme le dió de filo en la muñeca. Ape-

nas tuvo tiempo para coger el sombrero en el vestíbulo y salir a la escalera dando un portazo. Dentro se oía la voz de Leticia, comó un aullido, desgranando una nueva sarta de improperios.

Claro que ahora se iba para siempre. Por lo visto le iba en ello la vida, pues no cabía duda que si Leticia poco antes, en vez de una bandeja de metal tiene un revólver al alcance de la mano, lo dispara lo mismo.

De todos los finales de amores que él habia visto en las comedias y las novelas, no recordaba ninguno que se le pareciera a aquél. No podía negarse que era un final traumático, y que de un golpe, como por arte de magia, le había curado de su traviatismo.

En la esquina de la calle de Lista se cruzó con un chico que venía muy tumbado en su cochecito empujado por el ama. Era Santitos.

Daniel miró con simpatía a aquel hijo de... el caos. Le pareció—gordito y colorado como estaba—una de esas flores que se crían lozanas en un montón de estiércol, sin que se sepa quién ha echado allí la simiente.

Era igual: Santitos crecería y con el tiempo tal vez llegaría a ministro.

FIN

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

	Pesetas
Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º.....	7,50
Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas.....	7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º.....	3,00
La Leyenda Dorada, (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen.....	3,00

SECCIÓN GENERAL

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa.....	3,00
Como buitres..., por Manuel Linares Rivas	3,00
La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas.....	3,50
Obras completas, por Manuel Linares Rivas.—Tomo I: *La Cizaña, Aire de fue-*	

Pesetas

ra, Porque si.—Tomo II: *El abolengo, Maria Victoria, Lo posible.*—Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren..., En cuarto creciente.*—Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata.*—Tomo V: *Añoranzas, El ídolo, Clavito*—Tomo VI: *La Raza, Flor de los Pazos,*—Tomo VII: *Doña Desdenes, El caballero Lobo,* cada tomo..... 3,50

Tapices viejos, por Eduardo Marquina... 3,50

Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno).. 3,00

Coplas, por Luis de Tapia..... 2,50

Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz 4,00

La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés..... 5,00

La Negra, por Pedro de Répide..... 1,00

El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent 1,00

La Garra (tercera edición), por Manuel Linares Rivas 3,00

Barrio Latino, por Federico García Sanchiz 3,00

La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas 3,50

La guerra palpitante 3,00

Una mancha de sangre (segunda edición), por Joaquín Belda..... 1,50

El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3,00

Mi Venus, por Joaquín Dicenta 1,00

Pesetas

La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes..... 3,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas... 3,00
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen..... 2,50
Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois..... 3,50
Presentimiento, por Eduardo Zamacois.. 1,50
La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa..... 3,50
El paraiso de los solteros, por Andrés González-Blanco..... 1,00
Al son de la guitarra, por Federico García Sanchiz..... 2,00
Toninadas, por Manuel Linares Rivas.... 3,50
Una vida ejemplar, por Diego San José.. 1,50
La enemiga, por Darío Nicodemi..... 3,50
El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00
En camisa rosa, por Felipe Trigo..... 3,50
El crimen de Avellaneda, por Atanasio Rivero..... 3,50
Al margen de la vida, por Baldomero Argente..... 2,00
Rosalía Castro, por Augusto González Besada..... 2,50
Más chulo que un ocho (segunda edición), por Joaquín Belda..... 1,00
Los cascabeles de Madama Locura, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3,50
Los Lázaros, por Abel Botelho..... 3,50
Las noches del Botánico (segunda edición), por Joaquín Belda..... 2,00

Pesetas

Jesús que vuelve, por Angel Guimerá.... 3,50
Como hormigas..., por Manuel Linares Rivas..... 3,50
El caso clínico, por Antonio de Hoyos y Vinent 0,95
La mujer española, por S. y J. Álvarez Quintero..... 1,00
La Procesión del Santo Entierro, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0,95
La Providencia al quite, por Eugenio Noel 3,50
Terra incognita, por el Marqués de Cortina..... 1,50
Memorias de un suicida, por Joaquín Belda..... 2,00
Campoamoriana, por A. Ferreira d'Almeida 1,50
Las chicas de Terpsicore (segunda edición), por Joaquín Belda 3,50
Los toreros de invierno, por Antonio de Hoyos y Vinent 0,95
La dolorosa pasión, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0,95
El secreto de la sabiduría, por Rafael Cansinos-Assens 1,50
Las zarzas del camino, por Manuel Linares Rivas..... 3,50
El Conde de Valmoreda, por Manuel Linares Rivas 3,00
Un pollito «bien», por Joaquín Belda 1,00
La Coquito (quinta edición), por Joaquín Belda..... 3,50
El martirio de San Sebastián, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0,95

Pesetas

Traviatismo agudo, (segunda edición), por Joaquín Belda..... 2,00
La atroz aventura, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0,95
Cada uno a lo suyo..., por Manuel Linares Rivas..... 1,00
Las frecuentaciones de Mauricio, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3,00
El hombre que vendió su cuerpo el diablo, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0,95
El árbol genealógico, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3,50
La diosa razón, por Joaquín Belda..... 3,50
Ninfas y sátiros, por Alvaro Retana..... 3,00
En cuerpo y alma, por Manuel Linares Rivas..... 2,00
La zarpa de la esfinge, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0,95
La trayectoria de las revoluciones, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 2,50
Cobardias, por Manuel Linares Rivas (séptima edición..... 2,00
La Farándula, (3.ª edición), por Joaquín Belda..... 3,50
La verdad de la mentira, por Pedro Muñoz Seca..... 3,00
Anécdotas picantes, por Luis de Oteyza... 1,50
La bajada de la cuesta, por Joaquín Belda 1,00
El retorno, por Antonio de Hoyos y Vinent 0,95
El crimen del fauno, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0,95
Plática cuaresmal, por la condesa de San Luis..... 1,25

LS.
B4277tr
101361
Author Belda, Joaquin
Title Traviatismo Agudo.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU